Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XIX | San José, Costa Rica **1929** Sábado 14 de Diciembre | Núm. 23

Año XI. No. 471

SUMARIO

Una visita a Pío Baroja

= De *La Nación*. Buenos Aires. =

La *Nouvelle Revue Française* acaba de publicar una traducción de *El árbol de la ciencia*. Como soy el traductor, y tenía que trasladarme a España, me detuve en Irún para entregar a Baroja algunos ejemplares. Es sabido que en el verano habita en su casa de Vera, muy cerca de la frontera francesa, en los límites de Navarra y el país vasco. Esta situación de hito fronterizo debe agradar particularmente a Baroja, el hombre más independiente de la tierra, el que más precia su independencia.

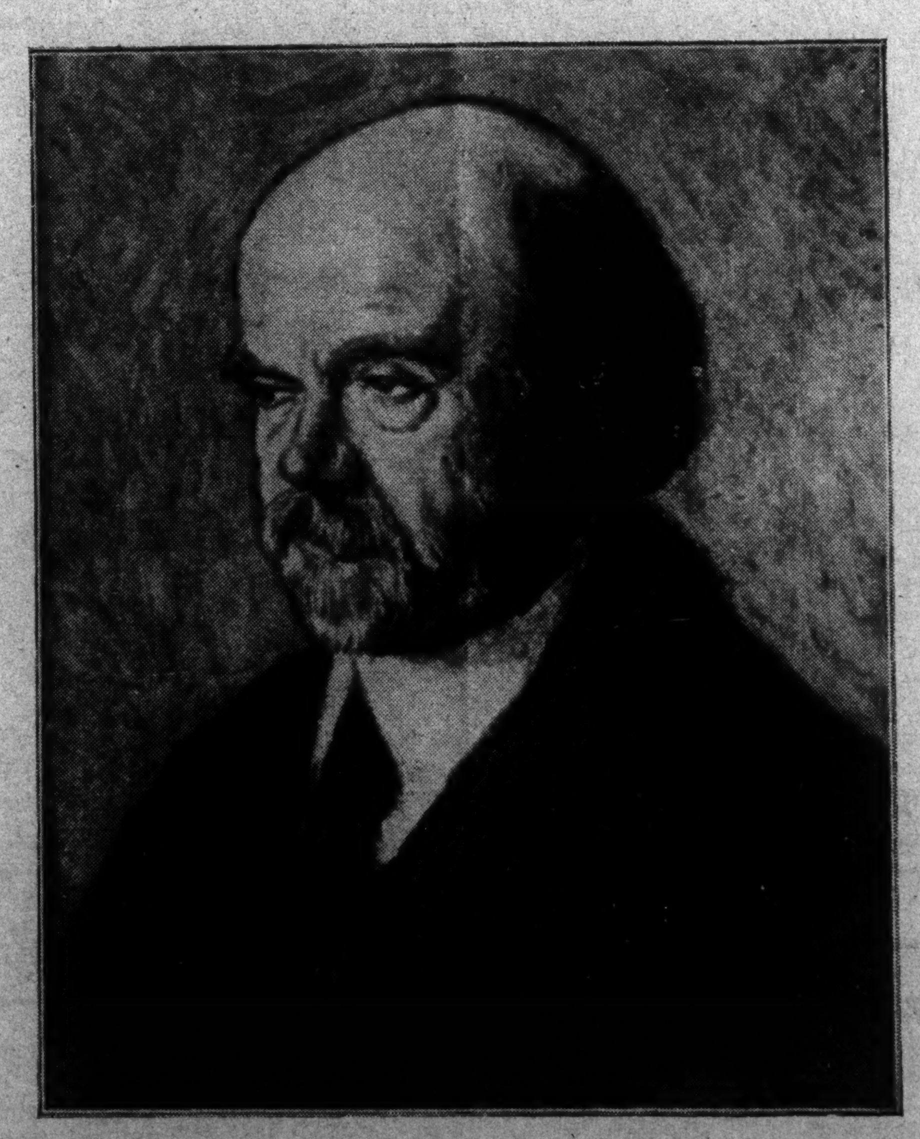
Pío Baroja había alquilado un automóvil para venir a esperarme en la estación de Irún. Era un *torpedo* suave, conducido por un motorista que usaba boina vasca. Subimos por el valle del Bidasoa, verdoso, encajonado entre dos cadenas de montañas, la una francesa y la otra española. Pasamos por las inmediaciones de la isla de los Faisanes, la isla histórica en que se realizaron conferencias y tratados de todas clases. En 1469, Luis XI, rey de Francia, y Enrique IV, de Castilla, sostuvieron una entrevista. En 1526, en una barca, en medio del Bidasoa, Francisco I, que había sido hecho prisionero en Pavía, fué cambiado por sus dos hijos, que daba en rehenes. En 1615, los embajadores de Francia y España vinieron a este pequeño islote, decididamente predestinado a hacer el trueque de dos prometidas: Isabel, hija de Enrique IV, rey de Francia, destinada a Felipe IV, y la hermana de este último, Ana de Austria, destinada a Luis XIII. Por último, en 1659, el cardenal Mazarino vino a verse con D. Luis de Haro para tratar de la paz llamada de los Pirineos, que cimentó el casamiento de Luis XIV con la infanta María Teresa. La isla de los Faisanes parece haber olvidado todos estos graves acontecimientos; es una islita encantadora, toda verde, sencilla y sin pretensiones, que despierta el deseo de ir a comer echado sobre la hierba. Se quisiera trabar allí un idilio con una pastora, un idilio más tierno que esos matrimonios reales en que el corazón no es consultado.

El automóvil prosigue su marcha. Cada diez metros un carabinero. Baroja me explica que las cañas que crecen en la orilla del Bidasoa son cañas estratégicas, la Providencia de los contrabandistas. Me muestra, al lado del cuartel de los carabineros, la casa de un *gitano* que ha cometido, según se cree, varios asesinatos, pero que ha sabido, en las diversas ocasiones, eludir las responsabilidades. ¡Y eso que vive puerta a puerta con los gendarmes!...

Un puente sobre el Bidasoa, y al pie de una montaña, una cruz. En ese lugar se encuentran las fronteras de Francia, de Navarra y del país vasco. Esta cruz señala, también, el punto en que fueron fusilados unos carabineros hechos prisioneros por el cura Santa Cruz durante la guerra carlista. El cura Santa Cruz es ese feroz cabecilla que Pío Baroja ha evocado en su novela *Zalacaín, el aventurero*. Valle-Inclán ha querido, asimismo, escribir la historia del cura Santa Cruz, y le consagró tres novelas, pero no ha escrito nunca la cuarta, que debía completar la serie. He aquí la razón, por lo menos de acuerdo con Baroja: Valle Inclán no había venido al país vasco; es gallego y describió a Vasconía como si fuese Galicia. Luego tuvo oportunidad de hacer un viaje al país de su héroe, y advirtió todos los errores que había cometido. Eso le persuadió de que no debía escribir el final.

Mas, revienta un neumático. Vamos a sentarnos sobre el muro de piedras que se suspende sobre el pequeño río, rodeado en esta margen por un plantel heterogéneo de árboles y arbustos, y, en la otra, por la montaña a pico, en la cual se abre el túnel del ferrocarril de vía estrecha que conduce a Vera. El tiempo es excelente; este rincón es hechicero, y mientras el motorista cambia su neumático, nos aprovechamos de la paz del paisaje. Baroja me muestra, al fondo, unas montañas a las que se han obstinado en talar. Dentro de poco, de generalizarse esta práctica, el aspecto del país vasco cambiará por completo.

Y reanudamos la marcha. Atravesamos el pequeño poblado de Vera, deliciosamente situado en este valle, que ahora se ha ensanchado y está rodeado de un círculo armonioso de colinas y montañas, y llegamos a la casa de Baroja, en el otro extremo del pueblo, cerca de un arroyo y a poca distancia de la frontera francesa. Es una vieja casa vasca, tapizada completamente por plantas trepadoras. Encima de la gruesa puerta claveteada,



Pío Baroja Retrato de *Juan de Echevarría*.

un escudo de armas. Una gran escalera de piedra conduce a las habitaciones del primer piso, llenas de antiguos muebles vascos, arcas de talla, bargueños, inmensas mesas de patas curvas. En los muros, grabados, cuadros antiguos, primitivos. En el comedor, viejas vajillas, viejas porcelanas. El conjunto es arrobador, de un gusto exquisito. Se comprende que a Baroja le agrade pasar aquí varios meses por año.

Después del almuerzo, subimos a su biblioteca, una habitación enorme, con interminables ringleras de libros. Se sabe que Baroja tiene la pasión de los libros viejos. En efecto, nos enseña unos ejemplares muy curiosos, en francés y en español, particularmente sobre la brujería y la magia. Y en los muros, de nuevo grabados, objetos de arte de toda especie, vírgenes antiguas, azulejos. Conversamos. Le pido sus impresiones sobre la traducción de su libro. Adopta un aire pensativo.

—Una traducción—me dice— da siempre una perspectiva lejana de la obra al mismo autor. Sobre todo que este libro, como mis otros libros, no es completamente actual, ¡no responde a la moda!—concluye con un poco de amargura.

—No obstante, *El árbol de la ciencia* ha gustado.

—No digo que no, pero ofrece la impresión de una obra un poco arcaica. Acaso me lo parezca más a mí que a cualquier otra persona. La vida en Madrid ha cambiado mucho en estos últimos cuarenta años, y los estudiantes españoles de la actualidad hallan en mi novela unos tipos, unas costumbres, unas cosas que ya no existen.

—¿Escribió usted este libro hace mucho tiempo?

—Lo escribí hace diez y siete o diez y ocho años. Lo comencé allí, en París, en un pequeño hotel de la calle de Vaugirard, esquina a la de Tournon. La casa ya no existe. El hotel se llamaba Hotel de Normandie. Era una casa vieja, estrecha, que tenía un *bistro* a la entrada. El cuarto me costaba 25 francos, y, naturalmente, no era muy confortable.

—¿Y qué hacía usted cuando vivía en ese hotel?

—Paseaba por el Luxemburgo, compraba algunos libros en la galería del Odeón y en los muelles, y los leía.

—¿No conocía a nadie?

—A muy poca gente. A mi casa solían venir a charlar dos o tres escritores españoles, y alguna vez el poeta americano Rubén Darío, que quería que yo le ayudara a confeccionar una revista hispano-americana que se iba a imprimir en París. Rubén Darío aprovechaba la existencia del *bistro* del Hotel de Normandie para meterse unos *whiskies* en el cuerpo al venir o al marcharse. Estaba siempre alcoholizado y contaba una serie de cosas que no existían más que en su imaginación. No se le podía hacer caso.

—¿Y en ese hotel escribía usted su novela?

—Sí; recordaba mi juventud, mi época de estudiante en Madrid, mis preocupaciones filosóficas, y escribía.

—¿Ha cambiado usted de ideas, de entonces acá?

—Sí; los hombres de mi tiempo de España hemos vivido en una época de pesimismo, de debilidad. El pesimismo pasa, con medios o sin medios, con grandeza o sin grandeza: hay que vivir. Cuando se llega a esa consecuencia, el pesimismo desaparece.

—¿Ha variado usted también en gustos literarios?

—Muy poco. Me gustaría variar y ser alternativamente simbolista, decandentista, dadaísta etc., pero no tengo flexibilidad para eso.

—¿Tiene usted entusiasmo para seguir escribiendo?

—Sí.

—¿Todavía le entusiasma la literatura?

—Todavía.

Y mirando al hermoso jardín que rodea a la casa, le pregunto:

—Y cuando esta usted aquí, ¿no le gusta la horticultura?

Sonríe y me contesta:

—También. Quizá sea peor como horticultor que como literato, pero hay que vivir y seguir adelante.

Y nuestro diálogo continúa, oscilando desde el optimismo al pesimismo. La conversación de Pío Baroja rebosa siempre humor, sal; habla de la literatura española, desgarra a uno, no perdona al otro. «El oso vasco», como se le ha llamado con frecuencia... Pero no; no hay en él ninguna malevolencia, ninguna acritud. Lo que sucede es que mantiene su independencia, y la ejercita, diciendo todo lo que se le pasa por la mente, aunque sin la intención de ser desagradable. Es el hombre más natural posible. Y lo mismo que Azorín ha podido decir de uno de sus últimos libros, *Las mascaradas sangrientas*: «Existe una diferencia profunda entre una novela de Baroja y la de cualquier otro novelista. Aquí, en el novelista vasco, todo es sentido experimentado, directo, espontáneo. No condenamos. naturalmente, otro género de novelas: Anatole France, por ejemplo, representa todo lo contrario de Baroja, pero preferimos, desde luego, la emoción pura, como en Baroja, a la transposición intelectual, racional de conceptos expuestos con más elegancia», se puede decir del hombre, que no ha tenido jamás el menor rasgo de cálculo, de disimulación, de hipocresía, y, en general, en cualquier grado que sea, ninguna de esas amables cualidades —que no son, en realidad, más que defectos disfrazados—que adquiere el hombre que actúa en la sociedad. Baroja es Alcestes, en su casa de Vera. ¿Y no es esto, a fin de cuentas, uno de los más hermosos elogios que se puede hacer de un hombre?

Georges Pillement

Una carta inédita de Andrés Bello

= Tomada de *Archipiélago*. Santiago de Cuba =

Nuestro admirado amigo el doctor don Víctor Andrés Belaúnde nos ha entregado una carta, hasta hoy inédita, de Andrés Bello, que le fué facilitada por el señor Jorge Corbacho, que actualmente reside en Nueva York.

Nos complacemos en publicar este documento—interesante como todo lo que se relaciona con el insigne humanista—en momentos en que se celebra en Chile el centenario del arribo de Bello a aquellas playas. La carta revela el austero carácter de Bello aún en las frases que puedan parecer más insignificantes, y es curioso observar cómo, cinco años antes de ir a Chile, ya lo preveía, si bien en aquel momento las agitaciones internas de la vida chilena, que terminaron en 1831, le hacían considerar esa solución como difícil. Pensaba, además, que los chilenos lo mirarían como un advenedizo y se equivocó: mucho debe Chile a Bello, pero es lo cierto que si hay algún país que ha reverenciado a un hijo adoptivo con mayor devoción que si fuera hijo propio, ese país es Chile en relación con Bello.

He aquí la carta:

Londres, enero 6 de 1824

Señor Pedro Gual.

Mi estimado Sr. y amigo: Escribí tres meses ha una larga carta que espero haya tenido la fortuna de despertar en usted la memoria de un compatriota, hijo, (si no me engaño) de la mismo ciudad, criado a los pechos de la misma *alma parens,* quiero decir, de nuestra vieja universidad y seminario de Santa Rosa. ¿Y qué es nuestra anciana y venerable nodriza? ¿Ha desechado ya enteramente el tontillo de la doctrina aristotélico-tomística, y consentido vestirse a la moderna? No dudo que sí, porque el impulso dado a las opiniones por la revolución, no ha podido ser favorable a las antiguallas con que se trataba de dar pábulo a la imaginación más que al entendimiento de los americanos para divertirlos de otros objetos. Yo tengo ansia de saber qué se ha hecho en Bogotá, qué en Caracas, qué en Quito, qué en los otros pueblos de Colombia para plantear el nuevo edificio de educación literaria y científica, en que oigo se ocupa la atención de la legislatura.

Pero no es éste, amigo mío, el asunto de la carta con que empiezo a molestár a Ud. El que hoy me ocupa en preferencia a todos los otros es volver a Colombia. Tengo una familia; palpo la imposibilidad de mantener y educar a mis hijos en Inglaterra, reducido a mis medios actuales. Los que debo a la bondad del Gobierno, por mejor decir, del señor Irisarri, no me bastan. Por otra parte me es duro renunciar al país de mi nacimiento, y tener tarde o temprano que ir a morir en el polo antártico entre los *toto divisos orbe chilenos*, que sin duda me mirarían como un advenedizo; y Ud. no ignora que el espíritu de rivalidad y de celos que siempre ha habido entre los varios Pueblos de América, obra hoy con doblada fuerza cuando se trata de Colombianos. Agregue Ud. el costo de trasladarse una familia de Inglaterra a Chile. ¿Esperaré a ahorrar lo necesario para sufragar este gasto cuando antes bien veo que me voy empeñando cada día más? Pero lo peor de todo es que la remoción del señor Irisarri de este destino ha hecho mi permanencia en él apenas compatible con la delicadeza de un empleado. El Gobierno de Chile no me ha hecho saber que ha confirmado mi nombramiento, para con su actual ministro en Londres no tengo recomendación del mundo en haber sido protegido y estimado de su anecesor. En una palabra, ni puedo, continuar en este empleo sin desaire, ni fundar en él esperanzas de un establecimieto, que me asegure la subsistencia de mi

familia ni aún dentro de los moderadísmos límites a que se ha ceñido mi ambición.

El Libertador, cuando nombró nuevamente al Sr. Méndez para representante de Venezuela, tuvo la bondad de nombrarme a mí en 2.º para en caso de no existir aquí el Sr. Méndez; He cultivado, como Ud. sabe, desde mi niñez, las humanidades; puedo decir que poseo las matemáticas puras; y aunque por falta de medios he carecido del uso de instrumentos, he estudiado todo lo necesario para la descripción de planos y mapas. Tengo además conocimientos generales en otros ramos científicos. Disimule Ud., amigo mío, estos pormenores en que ha rebosado algo de vanidad o presunción; pero los creo necesarios para que Ud. califique, no sólo el mérito que pude haber contraído, sino también la especie de destino que me convendría.

Ud. no ignora mis antiguos hábitos de estudio y laboriosidad, y los que me han conocido en Europa, saben que los conservo, y que se han vuelto en mí naturaleza. Concluyo recordando a Ud. dos circunstancias; la 1.ª que tengo familia; y la 2.ª que empiezo a declinar *into the vale of years*. Haga Ud. lo posible por un compatriota cuya desesperada situación es cada día más embarazosa y difícil, y mande a un admirador y amigo, que se repite de Ud. con el afecto y respeto.

(f.) *A. Bello*

Homenaje a Bello en el primer centenario de su llegada a Chile (mediados de 1929)

y 3.—*Véanse las entregas* **15** *y* **16** *del tomo en curso.*

Elogio del humanista

=De la *Revista Chilena*. Santiago de Chile=

No hay, en la historia de la literatura americana del siglo pasado, una figura de humanista más completa que la de Bello. Todo lo abarcó su espíritu de curiosidad insaciable, con una avidez que no supo nunca del hartazgo, desde las ciencias naturales hasta la arquitectura del idioma, desde la historia de la literatura peninsular hasta la cosmografía, desde el derecho romano hasta las normas que rigen las relaciones entre las naciones, desde la filología hasta la historia, desde la restauración de los monumentos más antiguos de la lengua castellana hasta la filosofía. Y en todos esos órdenes de la actividad intelectual no mariposeó como un aficionado superficial, sino que cavó con profundidad en la cantera del conocimiento. Porque el docto caraqueño sabía estudiar y asimilar con admirable constancia y agudo espíritu crítico, y cuando abordaba un tema no lo abandonaba hasta estar familiarizado con él.

Por eso los dieciocho años de residencia de Bello en Londres fueron los más decisivos y trascendentales en la formación de su personalidad: fueron ellos los que contribuyeron a dar a su espíritu esa madurez, esa serenidad, esa amplitud y equilibrio que tan eficaces fueron puestas al servicio de Chile, en la administración, en la enseñanza, en la prensa, en la formación del criterio público.

En sus duros días londinenses, en que vivió horas tan angustiosas por la incertidumbre de su situación, su pasión por el estudio fué su salvación, y en medio de la adversidad supo orientar firmemente su actividad intelectual. En el tibio ambiente del Museo Británico, ante los mejores monumentos de la cultura universal, entre los miles de manuscritos y libros de su célebre biblioteca, Bello encontró la mejor fuente donde abrevar la avidez de su curiosidad intelectual insatisfecha. Al trazar los perfiles de la personalidad del humanista, no es posible prescindir de esa circunstancia de haber tenido la envidiable suerte de realizar sus estudios en medio de la sociedad británica y en una ciudad como Londres, centro, sede y depósito de la más sólida y rancia cultura del mundo. De su contacto con ese pueblo, Bello obtuvo la moderación, el espíritu conservador, la tendencia a ajustarse a las duras necesidades de la realidad, el sentido práctico, abandonando las vehemencias, los oropeles, las superficialidades del alma latina.

¿Qué estudió Bello en Londres? Recorramos ligeramente su labor literaria, prescindiendo de su obra burocrática en las Legaciones de Chile y Colombia. En 1820 redacta, con el guatemalteco Irisarri, *El censor americano*, tipo del periódico de doctrina y difusión de ideas que tan calurosa acogida ha de encontrar en la América Española. En la *Biblioteca Americana* publica, en 1823, su Alocución a la Poesía, el juicio sobre las obras poéticas de don Nicasio Alvarez de Cienfuegos, un proyecto para simplificar y uniformar la ortografía en América; diserta sobre magnetismo terrestre, sobre los misterios de la naturaleza; traduce a Humboldt; escribe sobre la altura de las montañas y resume las observaciones de los viajeros sobre la cordillera del Himalaya; describe el avestruz americano, a la luz de las más recientes investigaciones de los naturalistas; habla del cultivo del cáñamo y establece la diferencia que hay entre la varicela y las viruelas, y traza dos de sus mejores estudios sobre la historia de la literatura castellana.

Pero esto no es todo. En el *Repertorio Americano*, después, en 1826, inserta su famosa silva a la agricultura de la zona tórrida; siempre se preocupa de la reforma de la ortografía, de economía política y de enseñanza; comenta a Olmedo; traduce de enciclopedias y revistas artículos científicos de divulgación sobre los temas más variados; elogia a Restrepo, al mismo Restrepo que recoge la calumnia que le ha de morder el alma durante toda la vida; estudia el uso de la rima asonante en la poesía latina de la Edad Media y en la francesa; difunde a Heredia; resume a Azara; se ocupa de medicina; escribe de geografía americana y de entomología; discurre sobre las poesías de Horacio y sobre etimología; comenta una historia de Méjico escrita por un indio; discute las opiniones de don Martín Fernández de Navarrete; se interesa por las investigaciones hechas en el campo de la física y de la botánica; en fin, es un espíritu abierto ansiosamente al estudio, al conocimiento, a la pesquisa diligente de la verdad y de la exactitud.

¿Qué de extraño entonces que en Chile en 1829, en que los hombres de mediana cultura podían contarse en los dedos de las manos, brillara como el sol de primera magnitud? ¿Qué de extraño que se ganara la admiración y la veneración de Portales, que con zumbón espíritu lo calificara de padre maestro? A su arribo a Chile, Bello ostenta una madurez magnífica, un admirable equilibrio, y un bagaje intectual de primer orden, formado en fuentes de primera mano. Su larga experiencia en negocios internacionales lo había hecho familiarizarse con el estudio del Derecho de Gentes, pero su cargo de Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores, habría de ofrecerle la mejor tribuna para exhibir su profundo saber y trazar la perdurable huella que habría de hacer del suyo un nombre americano. Es necesario recorrer sus notas de esa época, que en buena hora han comenzado a publicarse en esta misma *Revista*, para admirar en toda su extensión la firmeza de sus doctrinas jurídicas, y la límpida diafanidad de su estilo. Pero no sólo en las notas de la Cancillería está su labor de entonces: muchos documentos públicos, mensajes presidenciales, proyectos de leyes, Memorias Ministeriales, fueron obra suya. «Bello tenía a su cargo la redacción de los más importantes documentos de gobierno, escribe Barros Arana, a los cuales había dado tanta corrección y nitidez en la forma como seriedad y discreción en el fondo; y era consultado en todas las cuestiones internacionales, o más propiamente, estaba encargado de la gestión de éstas». La publicación de sus *Principios de Derecho de Gentes*, en 1833, acabó por asentar definitivamente su nombre en este orden de la actividad científica.

Bien pronto tuvo el erudito humanista que compartir sus tareas burocráticas, con sus la-

bores de redactor de *El Araucano*, el periódico oficial, que si no fué tribuna de ruidosa difusión, tuvo para él el carácter de altísima cátedra, desde la cual ejerció su provechoso magisterio público. ¿Sobre qué escribe Bello en el diario gubernativo? Echemos una mirada sobre la obra del eminente polígrafo en las columnas periodísticas. Allí escribe sobre literatura española, sobre *La Araucana* de Ercilla, sobre la indisputable paternidad de Le Sage en la composición de *Gil Blas;* comenta las primeras Memorias históricas presentadas a la Universidad; discurre sobre el modo de escribir y estudiar la historia; traza las semblanzas del Coronel Beauchef, del padre Guzmán y de su entrañable amigo don Mariano Egaña; condena el lujo; se interesa por las últimas novedades literarias y las más recientes especulaciones de la filosofía; se ocupa de las vías de comunicación, de enseñanza, de historia natural, del teatro, de la educación, de los servicios hospitalarios, de la reforma judicial, del arreglo de los archivos, del orden que debe regir en las Notarías... Pero Bello no era un simple zurcidor de frases, ni un mero divulgador de ideas ajenas; en el artículo más modesto ponía algo suyo; vaciaba todo su pensamiento sin hacer alarde de sus conocimientos ni de su erudición profunda.

¿Qué le faltó a Bello para ser el primer humanista americano de su siglo? Le faltó completar su saber con el conocimiento de las ciencias jurídicas, y puestó a la obra legó a Chile ese fruto imperecedero que se llama el Código Civil. Es verdad que sus *Principios de Derecho de Gentes* habían anticipado ya lo que sería la obra del jurista, pero fué necesario que su espíritu innovador trazara la honda y profunda huella de su labor legal, para que su personalidad revistiera los contornos del humanista definitivo.

Los hombres del Renacimiento que concibieron el aprendizaje de los conocimientos humanos como el mejor ejercicio espiritual ¿llegarían a soñar con la formación de una personalidad tan completa, para la cual ningún orden de estudio fué desconocido? Porque para encontrar a Bello un humanista semejante a él, habría que evocar los nombres de Leonardo y Goethe, los tipos superiores que ha producido el género humano.

Ricardo Donoso

Estampas

No hay tregua posible

El egoísmo, la indiferencia darán al traste con todo

Algunos aspectos de la legislación del país han avanzado de un tiempo para acá. El impulso lo han recibido del ciudadano preocupado por tener una patria en donde vivir sin reatos la libertad. No obstante lo mucho que se ha conquistado, nadie puede afirmar que le llegó la hora de ponerse al margen. No hay tregua cuando se sirven los intereses perdurables de la patria. Cada día trae para esos intereses una nueva preocupación. Los movidos por el nacionalismo, que es un sentimiento enardecedor, en direcciones de luz, no piensen que deben ceder el puesto a unidades de refresco. La aspiración tiene que realizarse conjuntamente. El que deserte está perdido y echa un grave mal sobre los intereses que defiende.

Precisa darse cuanta de que sin sacrificio no se hace patria. La irreflexión puede hacer al hombre aceptar ciertos principios, pero cuando ya le calen profundo y sienta que lo van separando de la rutina circundante, asume entonces una actitud de desprendimiento clamando porque vengan otros a sustituirlo. En el fondo de su clamor no hay sino la mordedura del sacrificio. Y cuán pocos son de naturaleza recia, «machuchos, tan sólidos y verdaderos», que diría Gracián! Lo existente llena las aspiraciones limitadas de muchos. De modo que mientras la gente se mueva apegada a la rutina sigue sonando el eco uniforme del paso que todos marcan. En cuanto hay alguien que no quiere marcarlo la rutina abre un abismo y lo muestra al disidente. Son muchas las intranquilidades que de ahí pueden salir. El medio ambiente tiene ya su nota invariable y cualquier otro sonido será estridencia que repercuta sorda y vengativa. ¿Cuántos sentirán el ánimo dispuesto a la lucha? Nos parece que muy pocos. Porque no hay que hacerse ilusiones. Cuando ya un hombre quiere ponerse al margen de la tormenta en que se sume el que se incorpora a batallar por los intereses supremos del país, hay que tenerlo por apocado. Y el apocamiento es conformidad con la rutina.

En diversas formas muestra su retraimiento el hombre que en un país vacila ante los halagos de la rutina. Es un espíritu honrado y vigilante. Estas virtudes no son en él cosa pasajera. Lo siguen animando. Pero no es ya un enardecido. Dará sombra y no calor. Es decir, lo más fácil de dar, porque no exige de la entraña humana la combustión que sofoca y rompe la apacibilidad. Se mostrará dispuesto a ayudar y no a cooperar. Dirá que es bueno mantenerse en el rumbo de la defensa. Teorizará. Hará el elogio de los que no desmayan. Con ello no soltará en su contra las intranquilidades de la rutina irritada. Proseguirá considerado como individuo afiliado al grupo de los defensores de los intereses del país. Mas lo tendrán como un afiliado moderado. Y hasta del otro lado le vendrán voces de aliento para que continúe en su puesto. Él por su parte no condenará a los que comprometen en diversas maneras los intereses nacionales. Decimos mal, los condenará en cuanto se muestren vinculados a la acción que sí los condena. Pero como el medio, la rutina del medio, le da otras vinculaciones, tendrá que flaquear y seguir la ley de física de que los líquidos toman la forma de la vasija que los contiene. Desde luego, en nada menguará su virtud cívica. Sin embargo, se perfila un tipo de hombre de transacción.

¿Miraremos estos aspectos de la vida nacional erradamente, o influidos de pesimismo? Es posible. Porque no estar de acuerdo con que nuestros hombres al definirse lo hagan condicionalmente, es negarse a comprender que existe una ley de evolución que rige todo lo creado. El término medio es, sin duda, la actitud más sabia y prudente para la conducta del ciudadano. El hombre de transacción es el representativo de ese término medio. Tiene muy desarrollado el sentido del tacto y cualidad tan sutil lo convierte en amo de situaciones difíciles.

Es preciso darse cuenta de que a veces en la vida de un país el respeto y el ansia de los hombres destaca la figura austera de aquellos varones ejemplares. Mas ellos no tienen nada de común con el hombre de transacción. Condenamos el término medio porque nuestro espíritu repulsa, con una repulsión espontánea, ese elemento humano de aleación. Queremos alentar en todo entendimiento la admiración por los hombres «sólidos y verdaderos» Mientras no se despierte una corriente de exaltación por el espíritu vertical estaremos expuestos al dominio de la mediocridad. En esta hora de nacionalismo, por ejemplo, los que nacionalizan están obligados a ver claro el problema del hombre que ha de sustentar la defensa. Esta sensibilidad pesimista nos estorba la emisión del juicio repleto de esperanzas. No vemos las aspiraciones concentradas. Sí, dispersas. Y lo que todavía es más repulsivo, el egoísmo atisba y va haciendo presas.

Y si no el egoísmo, la indiferencia. El término medio parece imponerse. Algunos dirán que estos movimientos de renovación de los principios sustentadores de la grandeza de un país siempre siguen un curso lento y vacilante. Muchos se halagarán pensando en que siquiera los tengamos nosotros, los tenga nuestro país. Que la buena voluntad de estos optimistas fructifique. Y que en verdad el país se salve.

Mientras tanto, aquí junto al mar, sin vinculación con hombres ni con situaciones, nos hacemos la ilusión de que algún bien producirán estas *Estampas*. Cualquier dia no volverán a aparecer. De pronto este espíritu andariego nos hace seguir la ruta salada que ahora se refleja en nuestra pupila atenta. ¿Y quién podrá decir que fuera de la patria se sientan las mismas ansias? Ahora nuestra reflexión va íntegra a los problemas de la vida nacional. Sentimos la necesidad de pensar en ellos. Y es que lo hacemos solamente por la aspiración de conquistar una libertad común que no se mengüe. Seguimos el ejemplo de los pocos que en el país han batallado abnegada y desinteresadamente. Ese ejemplo quisieramos verlo iluminando las conciencias de los nacionalistas de la hora. Un país que no exalta a sus espíritus-guias está expuesto a grandes males.

El mar es vivificante. Infunde un ansia perenne de libertad. La ciudad, en cambio, esclaviza, oprime. El viento salado que va oxigenandonos los pulmones parece penetrar al torrente circulatorio llevando nuevas inquietudes. Sentimos la atracción de las aguas. Quisiéramos navegar. No para huir de la patria en busca de «ambiente», sino para buscar ideas, que son lo único que salva a hombres y a pueblos. Pero toda esta majestad marina no borra de nuestro pensamiento la imagen del varón austero que vemos perfilarse en contraposición al hombre de transacción. La afirma más y nos infunde el vigor para afirmar que el país no conquistará muchos principios avanzados hasta tanto no se pueble de mentalidades visionarias. Y como no tenemos ambiciones ni vinculaciones que comprometan nuestro parecer, decimos que la indiferencia, el egoísmo reinantes serán la peste que dará en la sepultura con el frente nacionalista que nos imaginamos tener en pie.

Juan del Camino

Limón y diciembre del 29.

Canciones y Ensayos de Rafael Estrada

= De *La Vida Literaria*. Buenos Aires.=

Rafael Estrada, capitán del novísimo equipo poético costarricense, evidencia una clara personalidad, fuertemente definida, en sus *Canciones y Ensayos*, tercer libro que publica. Su obra lírica, entusiasta e inquieta tentativa de superación, se categoriza por el máximum de cualidades individuales que la destaca como una de las más ricas y auténticas en la abundante producción literaria centroamericana. Podría definirse su labor poética como una pluralidad de inquietudes estéticas. Este poeta no se limita a cantar llanamente; su verso no es la expresión fácil de un don natural. Gusta de verificar en sus poemas múltiples ensayos estéticos; se aventura en problemas métricos que logra resolver concienzudamente. Su sensibilidad no se vacia en moldes rutinarios; no cristaliza en formas adocenadas. Sin embargo, no puede calificársele de teorizante, como podría deducirse de lo antes dicho. Menos aún como un retórico empecinado. Ni siquiera un snob. Es un auténtico poeta; un férvido enamorado de la belleza. De ahí sus inquietudes estéticas. Inquietudes que se ha visto obligado a enrostrar a sus compatriotas, a «enseñarles términos científicos de la nueva métrica», con el noble e inútil fin de ponerlos al día, de encaminarlos hacia la comprensión de las nuevas formas del arte presente. Y, como es lógico suponer, en un medio primario donde la estética está al margen de la vida cotidiana, por considerársela como una anomalía, una toxina que trastorna la espesa digestión mental de la burguesía, su actitud tuvo que despertar hondas controversias, zafias burlas. Tuvo la imperdonable osadía de lanzar un guijarro de su honda al árbol de la tradición y los sañudos loros académicos se alborotaron en alharaca zumbona. El poeta, en tanto, con sana socarronería se reía de su medio y de sus gentes, dándoles, como vulgarmente se dice, «gato por liebre». Así él confiesa, en el prefacio de sus *Canciones y Ensayos*: «he debido engañarlos, publicando poemas del grandioso Juan Ramón Jiménez con la firma mía; me he visto obligado a presentarles un análisis de la mentalidad del esteta a fin de demostrarles su impotencia». Pifia que sin duda no perdonarán a Rafael Estrada aquellos señores eruditos tan inocentemente burlados. ¿Qué ha conseguido, a la postre, Estrada con estas guerrillas literarias? ¿Ha logrado educar el gusto artístico de sus coterráneos? ¡Ojalá sea así! Para sí mismo he aquí el único resultado positivo: no que se le acepte sino que se le respete prudencialmente. Creo que Estrada no pretendió jamás que su poesía fuera aceptada; esto hubiera negado de hecho la superioridad de su labor realizada, nivelándola al sentimiento común de los lectores de pacotilla, al gusto estandarizado de la mayoría anodina, cuando su afán desde un principio fué estar en pugna con ella.

Rafael Estrada permanece fiel a la modalidad estética de la segunda época de Juan Ramón Jiménez y se define a sí mismo como un «modernista». «He recopilado, dice, en este tomo—*Canciones y Ensayos*—poemas escritos a base de una influencia directa de los clásicos; de aquellos clásicos que llamarían, los neocríticos de hoy, *modernistas*». Después de esta leal confesión de Estrada no dudo que más de un crítico intransigente y miope podrá tachar su obra de anacrónica y falta de originalidad. De anacronismo, porque ya el modernismo está relegado al olvido, es una ficha perfectamente clasificada y archivada por los críticos literarios de la post-guerra; y de falta de originalidad, porque una obra que ha sido producida bajo determinadas influencias, carece, básicamente, de originalidad. En defensa del modernismo de Estrada puede aducirse que él lo reivindica, lo remoza, le ingerta glándulas de actualidad; y así sus poemas resultan originales a pesar de las influencias sufridas. Desbrozando en su obra cuanto hay de deliberada imitación de Juan Ramón Jiménez, restaríale a Rafael Estrada un buen stock de poemas para afianzar y afirmar su personalidad.

Sus *Canciones y Ensayos* nos dan una muestra eficiente de la intensa labor de este poeta. Glosar su canciones fuera despojarlas de su encanto fundamental, que es la música. Una canción es, ante todo, una pieza musical. Leyendo en voz alta éstas de Rafael Estrada inevitablemente una tonada florece en los labios. Estrada es en este libro un afortunado poeta musical. Su inspiración se plasma en ritmos; se ajusta a las eternas leyes rítmicas; pero no tradicionales. Estrada no es un poeta retórico. Los viejos ritmos, la métrica fosilizada, nada tiene que ver con este poeta. Partiendo de leyes clásicas obtiene nuevas combinaciones rítmicas personalísimas. Y así sus canciones son actuales: fina expresión de la modalidad lírica presente y hasta quizás porvenirista,

Eduardo Uribe

Antes que nada es la verdad

...¿Se puede suponer que un archivero, un coleccionador y clasificador de documentos, porque sea monárquico, republicano o socialista, vaya a suprimir los documentos que no favorezcan a las ideas políticas que él sustenta? Hoy, en un país civilizado, no se puede suponer tal cosa. Sería lo mismo que pensar que un impresor iba a poner erratas deliberadamente en el libro que defendiese ideas contrarias a las suyas.

Un cura, erudito, que era vecino mío en Madrid hace treinta años, y que estaba estudiando la vida de Cervantes, de quien era gran entusiasta.—D. Cristóbal Pérez Pastor—, me decía una vez: «No he encontrado nada que sea deshonroso en la vida de Cervantes, pero si lo encontrara lo publicaría. Antes que nada es la verdad». Y tenía razón. La única posible verdad de la historia se encuentra en el dato.

¿Qué historiador ha sido más subjetivo que Carlyle? ¿Quien ha sido, al mismo tiempo, más entusiasta del dato que este escritor, prototipo del escritor genial?

Una cifra, un detalle de gasto, una mísera frase en latín bárbaro no tiene precio a los ojos de Carlyle—dice Taine. En eso Carlyle no se parecía a los donostiarras. En eso ni en nada.

Cuando Carlyle trascribe, por ejemplo, el dato de la Crónica del monje Jocelyn, y copia: «El rey Juan sin Tierra pasó por aquí dejando en todo trece peniques esterlines para el gasto *(tredecim sterlingii)*», añade el gran historiador: «Estuvo allí, estuvo él mismo en persona. He ahí la grande, la inconmensurable particularidad, la que distingue el más pobre hecho histórico de toda ficción de cualquier linaje».

En resumen: no hay ninguna razón espiritual ni cultural que impida que los de la derecha y los de la izquierda—si es gente humana—puedan trabajar en común en esa labor previa de buscar datos, de depurarlos y aclararlos.

Pío Baroja

(El Sol. Madrid.)

La Política Realista

Lucien Romier y los ideales de la Francia contemporánea

Para mi distinguido amigo el Lic. don **Jorge Ortiz.**

Lucien Romier, el eminente publicista francés, ex-director de *Le Figaro* de París, después de un largo viaje por los Estados Unidos, ha publicado recientemente dos libros que confirman los hechos y e ideologías que, en sus anteriores campañas de gran periodista, tanto habían inquietado a la opinión europea. Lucien Romier, que es ante todo un político y un curioso del movimiento económico del mundo actual, en un libro que tuvo tanto éxito a su aparición como una novela, *Explicación de Nuestro Tiempo*, sondeó el alma francesa con una precisión alarmante, para definirla en todos sus males, en todas sus excelsitudes, que hacen de ella un caso único en la historia contemporánea. Sus ideas fundamentales—las ideas de un historiador, de un sociólogo, de un economista, de un idealista que no descuida las realidades—, las ha confirmado al penetrar con agudeza de optimista, en el alma de los Estados Unidos, que para él representan el tipo de la democracia, «hecha a base de equipos, es decir, de masas de técnicos».

¿Qué nos propone Lucien Romier en sus claras visiones del mundo actual? ¿Cuáles son sus conceptos políticos, cuáles sus esperanzas sobre el estado actual de la civilización? Digamos ante todo que este escritor se interesa por las masas humanas, cualesquiera que sean las categorías sociales de que ellas forman parte; cuando el conjunto de una tendencia social, con sus complicaciones técnicas, con sus dinamismos disciplinados, funciona, descubre que la única cosa capaz de darle coherencia a esas masas, son los intereses económicos, llegando, de tal manera, a la conclusión de que la sociedad no es más que una masa de intereses económicosi Para mantener el equilibrio de las consecuencias sociales y políticas que esta tendencia representa, sólo existe un medio; el control realista, es decir, la capacidad técnica, a la cual debe someterse el estado, si quiere resolver regularmente sus problemas interiores y sus relaciones con otros estados. Dentro de este cuadro tan simple, que en el fondo reclama el predominio de una aristocracia muy moderna—la sola posible, por lo demás, en nuestros días—, la aristocracia que reposa sobre las bases estables de lo material y de lo económico, se encuentran los orígenes de muchas crisis contemporáneas, cuyas consecuencias serán—como en el Renacimiento fueron una amplificación de los cuadros políticos, concebidos en las primeras nociones de la administración del estado considerado como una fuente de equilibrio social—, la amplificación de los intereses de la masa, de que nos habla Lucien Romier a través de toda su obra.

Para esta amplia concepción del estado moderno, «El Estado Realista», Romier pide una filosofía de la economía política, del Estado o más bien, una ética social, concebida, no solamente con relación a los derechos del individuo, sino a la duración, al ideal de la nación». Dentro de tales visiones se siente la necesidad de una fuerte raigaimbre religiosa, que es lo que este filósofo cree faltar al mundo actual: y evidentemente, sin una religión que organice los sentimientos y las aspiraciones más íntimas del alma colectiva no hay posibilidad de un equilibrio humano. Al recorrer las diferentes instituciones que nos ha legado la civilización occidental, notamos que todas ellas están desintegrándose, desde la familia hasta los principios de una filosofía común: falta, en su constitución, la fuerza organizadora de una moral recia y ordenada, fuera de las contradicciones propias a las ambiciones de lo sensual. En cambio, y esto es lo importante, aparecen nuevas formas de la masa,—todas ellas sostenidas por doctrinas más o menos provisorias—como las cooperativas, que han venido a resolver, por lo menos en un sentido material, la falta de una comunión ideal entre los seres.

Las cooperativas, que funcionan, con un espíritu de contradicción, como si dijéramos, en los países en que la democracia ha tendido a profundizar más sus raíces—Inglaterra, Francia, los Estados Unidos, Alemania—han llegado a ser núcleos de un gran interés social, porque en todas partes, por una obligación internacional, han creado correspondencias sociales que se difunden, necesariamente, con la misma intensidad con que se difunden los valores de la Bolsa. De esta cooperación humana, fundada sobre la técnica y los intereses económicos de la masa, nacerá la nueva política de mañana, que ya comienza a formularse en ciertos aspectos de la vida internacional, como lo hemos visto en las más recientes conferencias que han tratado de arreglar las relaciones entre los diversos pueblos, así como los intereses financieros en que se hallan mezclados. No hay capacidad que pueda, por otra parte, actualmente, resolver un problema internacional, sin la ayuda de un cuerpo de técnicos, entendámonos bien, no de especialistas, porque en los complicados rodajes de la política actual no existen funciones para éstos.

Mucho antes de que partiera para los Estados Unidos, encontré a Lucien Romier en su oficina de *Le Figaro*. Acababa de publicar su libro *Nación y Civilización*, que es un tratado de energía nacional en que se hallan establecidas las bases de una política aristocrática para el uso exclusivo de los ideales de la Francia actual. Aun la visión del mundo contemparáneo no había inquietado a este hombre que, sin embargo, seguía atentamente todas sus crisis y evoluciones.

—.....

—Yo no proclamo el regreso a las formas feudales de gobierno—respondió a mis preguntas—, pues ellas serían absurdas e inútiles en un país como Francia, después de la obra grandiosa de Luis XIV, pero sí creo que si en algo este país puede encontrar la solución de muchos de sus problemas, es en el retorno a la tierra. No olvidemos que Francia ha sido siempre un soldado que, a lo largo de su historia ha defendido, contra el bárbaro, su tierra. Y el bárbaro ha venido siempre del Norte, aun en nuestros días en que, si bien es cierto que nos encontramos en una era de paz, o en las perspectivas de un porvenir lleno de promesas, lo volveremos a ver en el horizonte de nuestras realizaciones con su complicada maquinaria técnica que proclama el dinamismo como el único amo del mundo y la energía material como la única fuente de riqueza. Por eso he creído siempre que la tierra es lo que forma nuestra verdadera noción de Patria. En el suelo que nos han legado nuestros ancestros tenemos todo lo necesario para salvar las bases de la civilización y al mismo tiempo, los elementos con qué defendernos contra la aplicación demasiado violenta de los ideales de otras razas.

—.....

—Sí, note usted que la administración es el principio indispensable para la solidez del Estado: donde no hay administración no hay ni Estado ni dignidad humana. Por eso el Imperio Británico puede permitirse todas las experiencias políticas: es un pueblo que tiene el sentido de la administración y en el cual la aristocracia, según un principio de desinterés, mantiene sus cuadros. En cambio, mire usted hacia Rusia...

—Es justamente lo que hace de su *Explicación de Nuestro Tiempo*—le contesto—, un bello tratado de filosofía moral y de historia política que nos recuerda los principios esenciales de las teorías de Montesquieu. La tierra también fué una preocupaéión de aquel claro espíritu del siglo XVIII.

—Sí, pero no olvide usted que Montesquieu fué un hombre de visiones jurídicas que se basó siempre en la noción del Estado, como lo hace en nuestros días Jacques Banville.

* * *

Después que Lucien Romier ha regresado de Norte América, si esta visión de la tierra, como base de orientación política, sigue alentando sus ideologías, ahora ve en su patria, no sólo a un soldado que lucha por su defensa, en las fronteras del Norte—en las cuales miles de batallas se han sucedido las unas a las otras y que la sangre de millones de hombres, a través de muchos siglos, ha fertilizado, dándole cierta grandeza trágica—, sino también una entidad de grandes capacidades sociales.

Francia es, además, una especie de *pioneer* del espíritu moderno, que ensaya todos los secretos de la habilidad técnica, que el hombre ha descubierto en las entrañas del misterio, en lo más íntimo de la materia, en lo más complejo de las relaciones humanas. Esta revelación—la revelación de un francés que se abre a todas las perspectivas del mundo—, tendrá consecuencias fundamentales en las orientaciones que este espíritu, que dirige multitudes y a quien escuchan, atentamente, las nuevas generaciones, enseñará a sus contemporáneos.

Tres libros de sumo interés se han publicado recientemente en París sobre los Estados Unidos: tres libros crueles, profundos, imparciales, amargos y al mismo tiempo llenos de un gran optimismo y de una gran confianza en la democracia americana, cuya estructura actual no comprendería hoy el viejo Tocqueville, quien escribió hace más de cincuenta años, un hermoso libro sobre ella, que reveló cosas insospechadas a los pensadores contemporáneos suyos. Uno es del profesor Sigfried, que

París, 26 de Octubre de 1929.

Mi querido don Joaquín:

Adjunto le envío esas ligeras notas sobre Lucien Romier, uno de los más interesantes y curiosos espíritus de la Francia joven. Quizás sean propios para su Repertorio. Ojalá sean de su agrado. Recibo siempre su publicación, ahora en Revista Mundial, revista cuya dirección hemos tomado con Valencia, desde hace algunos meses.

Su amigo y admirador de siempre,

León Pacheco

es un análisis frío sobre las instituciones jurídicas y sociales de Norte América; otro del Ministro Tardieu que penetra, con ojo previsor, en la gran estructura internacional de esta democracia, en sus múltiples relaciones con Europa, y en especial con Francia; el último es de Lucien Romier, *¿Quién será el Amo? Los Estados Unidos y Nosotros* Es el libro de un sociólogo, más aún, de un economista político armado de una cultura clásica, lo que significa tener consigo un espíritu de estabilidad y de continuidad para aplicarlo a todos los movimientos e interpretaciones de la inteligencia. Romier desembarcó un día en Nueva York y lo primero que lo sorprendió fué el triunfo de la masa, es decir, el triunfo contrario de lo que había dejado a sus espaldas en Europa, donde los hombres siempre defienden la noción de la unidad personal.

De esta nueva noción de masa, vista a través de ciudades, de instituciones, de filosofías, de todos los ramos de la industria, de todos los ideales humanos, llegó a la noción de una democracia fundada exclusivamente sobre los intereses económicos, que han llegado a constituir, en el sentido político, la más fuerte y organizada de las masas. Lo que se siente en los capítulos de este libro, nutridos de observaciones y de ideas generales, es que la masa económica de los Estados Unidos es un enorme tejido de intereses sociales que se improvisan diariamente, lo que le da un nuevo valor, en el comercio humano, al concepto de capital. Las ciudades se improvisan, los hombres se improvisan, las instituciones se improvisan, las religiones se improvisan, constantemente, en los Estados Unidos: si es necesario que un ferrocarril, por ejemplo, pase por el sitio que ocupa un *building* de cincuenta pisos porque es interesante para la ciudad, o para los cálculos inmediatos de una gran empresa, aunque haya costado millones de dólares, se echará por tierra. En esta destrucción y construcciónprácticas, es inevitable que ciertas nociones fundamentales de la sociedad, sufran: los cuadros de las relaciones humanas se van desvaneciendo y terminan por no existir más: la masa los ha absorbido. El que más ha sufrido de todos estos cuadros, es la familia que, prácticamente, ya no existe en los Estados Unidos. Al hogar ha venido a remplazarlo el club, tanto para el hombre como para la mujer. Se han terminado para siempre los encantos de la intimidad familiar. La mujer ha dejado de ser un elemento de cohesión social, para engrosar las masas en la lucha por la vida: no hay tiempo que dedicarle a los desintereses de la vida íntima. Es una reacción del espíritu de familia lo que proclama Romier para la salvación de los Estados Unidos: entre las manos de la mujer, nos dice, está el destino de la gran democracia americana.

En el último libro de Lucién Romier, *Ideas muy Simples*, encontramos una serie de conceptos prácticos para iniciar a los franceses la mediana cultura en todos estos principios de formación social, política y económica: sitúa cada una de las dependencias del Estado, como haces para la realización de «la política realista», que viene defendiendo desde muchos años, pidiendo las siguientes cosas: *Política de créditos, Instrucción Técnica*. La organización será una consecuencia inmediata e inevitable. Estas ideas muy simples, como se ve por el empleo de la palabra *Técnico*, son un grito previsor para el despertar industrial de la Francia contemporánea. Sus páginas más hermosas están dedicadas, justamente, a las ciudades y a los suburbios populosos...

León Pacheco

París, otoño de 1929.

Advertencia.—Los artículos, cuentos y versos cuya procedencia no se indica—en esta entrega, como en anteriores o sucesivas—hay que considerarlos como *colaboración directa, e inédita*, de los autores.

TESTIMONIOS

Apolo es el dios de la edad florida: el Amor sale de su costilla, pero ni Palas arrastra el ímpetu de ese adolescente cuando viene airado. Jóvenes, oh jóvenes, los viejos son las canas de la sociedad humana; los cobardes, los ruines son sus enfermedades y sus ascos; los pícaros sus pestilencias— vosotros sois su corazón, su sangre; vosotros sois su espíritu, llama ardiente que prendida por el genio de la libertad, sale afuera, salta vívida, se pega a todo, y purifica y engrandece lo que tiene la virtud de despertar su santa furia. Pueblo donde los jóvenes son apagados, lánguidos, es insignificante. Pueblo donde ellos son medrosos, esclavos, es ruin, mil veces ruin. Pueblo donde ellos son corrompidos, bellacos, es infame. Jóvenes, oh jóvenes, vosotros sois el alma de la República: Armodio y Aristogiton, jóvenes fueron; Mucio, Decio, jóvenes fueron; Antonio Ricaurte, joven; jóvenes los franceses que caían a millares en las murallas de París, defendiendo a todo trance la libertad y la honra de su patria. Si el fuego sagrado que en forma de sangre corre por sus venas es motivo suficiente para que estos bueyes sueltos que se llaman sesudos os califiquen de locos, de tigres, sed locos, tigres, y tenedlo a gloria, a imitación de este vuestro amigo. Furiosos primero que idiotas, tigres primero que jumentos. El buen juicio no está reñido con el amor apasionado: jóvenes, oh jóvenes, sed apasionados, y conquistad el mundo.

Juan Montalvo

(*El Regenerador*. Tomo I)

...Lo que nos perdía no era la política, pero sí una cosa que usurpaba su nombre, siendo sólo su apariencia o simulacro. El pueblo español apenas intervenía. Ausente su voluntad, suplantado su voto, no se sentía auténticamente representado por las Cámaras. Mucho menos por los Gobiernos. Unas y otros carecían, por tanto, de autoridad. La política gobernante estaba en manos de unas pocas personalidades —algunas eminentes—y de pequeñas agrupaciones o clientelas. Todo pudo venirse abajo de un soplo. Porque la política no era una colaboración normal de cada ciudadano, no era una gran actividad nacional, no era verdaderamente la forma evolutiva de la propia vida española.

En realidad, no nos perdió la sobra, sino la falta de política. Poca política, es caciquismo, mucha política es democracia. Lo que importa, pues, es que el país entero, el pueblo español —hasta hoy el menos político de Europa—actúe libremente, opine, vote, elija de verdad a sus diputados, decida de sus Gobiernos y tome en sus manos su propio destino.

¿Retorno a la política? Muy bien. Pero ello puede significar dos cosas distintas y aun opuestas: O la respiración artificial de las caducas oligarquías y los partidos ficticios, viejos o nuevos, o un acto de confianza en el país dejándole que diga con toda libertad cómo quiere que se organice y rija el Estado. En este segundo caso, los partidos políticos, las minorías directoras, se formarían naturalmente en contacto con el pueblo, surgiendo también entonces, sin duda, los hombres nuevos que todo movimiento nacional suscita.

...¿Vuelta a la política? Mejor que vuelta lo que hace falta es iniciación de una política verdadera. Y no hay en nuestro siglo verdadera política sin la intervención directa del pueblo. Si el pueblo se equivocara, en sus mismos errores iría haciendo su educación cívica. Mas si el pueblo estuviese mantenido en tutela, se acentuaría su abstencionismo, su tradicional pasividad. «Lo que es del común no es de ningún.» Este desinterés hacia la vida pública, colectiva, es el peor de nuestros defectos y la última raíz de todos los males de la política española.

Luis de Zulueta

(*El Sol*. Madrid.)

Bernard Shaw

Superhombre intelectual

=De *La Nación*. Buenos Aires=

II

(Véase la entrega 19 del tomo en curso)



Bernard Shaw

Por *Alvarez*

Es, pues, inútil intentar una semblanza biográfica de Bernard Shaw. La vida de Shaw carece de incidentes o de variedad episódica y se halla en sus propias obras. Los célebres *Prefacios* le sirven para exponer sus ideas, no sólo acerca del teatro, sino acerca de casi todos los problemas de nuestro tiempo. Un crítico malicioso ha dicho que la mejor literatura de Shaw es sólo buen periodismo. Pase como *boutade* sin verdadero alcance. Al contrario, quizá lo más personal de Shaw lo hallemos en estos prefacios brillantes, variados, ingeniosos, profundos, que nos incitan a la controversia por su pujante fuerza dialéctica. No es infundado el suponer que si en el porvenir dejan de representarse la mayor parte de sus obras teatrales, sigan en cambio leyéndose tanto éstas como los prefacios tan característicos del satírico autor de *Hombre y Superhombre*. El culto del *Yo* es lo que Shaw ha pregonado sobre todas sus teorías filosóficas y sociales. Es claro que con haber escrito comedias tan admirables como *Las Armas y el Hombre*, como *Cándida*, o como *La Conversión del Capitán Brassbourd*, bastaría para señalarle un primer puesto en la dramaturgia inglesa, independientemente de sermones laicos. Pero es que Bernard Shaw sin predicar dejaría de ser Shaw. No olvidemos que para él, la escena es púlpito y cátedra a la vez. Aspira a convencernos, desmoralizarnos, reformarnos y luego a salvarnos haciéndonos rebeldes, libres e independientes. Abomina «Del Arte por el Arte» y desplaza la idea de belleza por la verdad, que prefiere siempre aunque sea amarga. Quiere ser moralista, maestro, apóstol, redentor y profeta, sin que su reputación establecida de dramaturgo internacional pueda colmar sus aspiraciones. Y no le basta que el público le aplauda, subyugado por su irresistible ingenio, o que el lector abra con anticipado regocijo, un volumen de su teatro. Él mismo se adelanta hacia nosotros gritando, como un pregonador de feria ante su propia barraca: ¡«Pasen! ¡Entren, señores! Van ustedes a ver una comedia admirable, digna de su genial creador Bernard Shaw, el espíritu más original de la edad moderna. Ahora bien, como desde Shakespeare hasta mí el teatro inglés no ha producido grandes dramaturgos, estarán ustedes un poco desorientados, por lo cual siento el grato deber de explicarles, antes de comenzar, todo el alcance y la profundidad de mi nueva obra.»

Bien se comprende que este tono habitual de descarado exhibicionismo irritara durante muchos años al público británico, acostumbrado a una mayor modestia por parte de sus genios e ingenios nacionales. Shaw era divertidísimo, pero hacía el efecto de un payaso. Por más que quisiera dárselas de superhombre, precursor de tiempos venideros, parecía imposible tomarle en serio. ¿Cómo se iba a hacer caso de un escritor que se atrevía a encabezar uno de sus prefacios con un «¿Mejor que Shakespeare?» pretendiendo explicarle al vulgo el progreso evidente de su propio *César y Cleopatra* sobre la dramaturgia anticuada del gran Will?

Cierto es que Shaw se explica negando haber escrito nunca ese «mejor» como una superación del teatro de Shakespeare, sino como una experiencia más moderna y por lo tanto más interesante. Pero bastaba semejante actitud para ser tachado de blasfemo por los infinitos idólatras de Shakespeare que no toleran comparaciones. Sin embargo, forzoso es reconocer que *César y Cleopatra* es una obra muy original, si bien a ratos parece alta comedia, otros satírica farsa y momentos hasta libreto de opereta a lo Offenbach. Shaw ha tenido en ella su mayor acierto psicológico al trazar la figura de César, el «Superhombre» de Roma, genial, sagaz, inteligente, hábil y de un fino oportunismo político. Mas aunque ve en César a un superhombre, como él mismo, Shaw no desperdicia la ocasión de poner en solfa la calva del viejo caudillo y sus otoñales coqueteos amorosos. Y la propia Cleopatra no pasa de ser una niña caprichosa, despótica y malcriada, en la cual se vislumbra una vasta ambición. Esa actitud irrespetuosa de Shaw es habitual en él cuando se aproxima a las grandes figuras de la historia. Le es imposible contemplarlos en un plano de superioridad. Los hace bajar primero de su pedestal y después los trata, familiarmente, como muñecos que han de recobrar una nueva vida cuando Shaw les infunda su espíritu. Para él, Napoleón es un *condottieri* sin escrúpulos, que sacrifica al fin todos los medios *(El Hombre del Destino)*. Y Shakespeare, un amoroso poeta que apunta cuanto ve y oye, plagiando a los demás en la florida retórica de sus obras *(La Dama Morena de los Sonetos)*. Sólo la visionaria Doncella de Orleans *(Santa Juana)* logra de Shaw, en dos o tres escenas admirables, algunos latidos de genuina emoción, esa nota humana de que carece su teatro satírico, brillante, dialéctico, pero fríamente intelectual.

Lo mismo en sus piezas históricas que en sus comedias modernas, Shaw peca siempre por exceso. Ha tenido un terror verdadero a ser «humano, demasiado humano» y un exagerado empeño en encarnar el superhombre, inaccesible a las pasiones o flaquezas de los demás mortales. Shaw se ríe del amor, del sexo débil—que sólo hace víctimas entre los hombres débiles—del sentimentalismo, del adulterio como tema dramático y de cuanto significa primitivo impulso pasional.

Desde ese punto de vista es un precursor del siglo XX. Pero Shaw, en cambio, sólo puede escribir «contra» algo o en «pro» de algo. Cuando no es polemista es predicador, aunque por su amenidad e ingenio sepamos perdonarle su manía de predicar. Ha escrito *Androcles y el León* para definirnos su actitud frente al Cristianismo Evangélico y la Iglesia. *El dilema del Doctor*, para desahogar su aversión contra la medicina, los médicos y los cirujanos. *Casarse* con la idea de demostrar su hostilidad al matrimonio. *Pygmalion* con objeto de explayar sus teorías sobre la fonética y la articulación. *La Otra Isla de John Bull*—una de sus más profundas comedias psicológicas—a fin de revelarnos, al través de su humorismo, el misterio del alma irlandesa y su incompatibilidad con el temperamento inglés y su sistema político. Mas el procedimiento falla en muchos casos por supeditar el arte dramático a la tesis, al problema del día. Tal es el caso ahora de *La Otra Isla de John Bull*, cuyo prefacio ha perdido mucho de su interés y actualidad desde que el antagonismo anglo-irlandés depuso las armas con la creación del «Estado libre de Irlanda» Este teatro de Shaw, como hemos dicho, es un teatro de ideas y no de pasiones, de problemas y no de sentimientos. Su diálogo siempre vivo, interesante, ameno, carece, sin embargo, de belleza literaria, sin bien refleja admirablemente el tono de la conversación. Pero los personajes de Shaw poseen escasa vida propia, individual, sobre todo los femeninos. Haríamos una excepción por la protagonista de *Cándida*, quizá su más acertado tipo de mujer, a pesar de que el final de la comedia tiene un marcado sabor ibseniano. Mas es muy posible que Shaw prefiera la figura menos humana, aunque hoy muy actual, de su joven Vivvie, *(La profesión de Mrs. Warren)*, fría, rebelde, independiente, sin amor a su madre, que encarna toda una nueva generación femenina de la nueva Inglaterra.

Y no le ha bastado a Shaw influir tanto en la juventud inglesa y en el moderno teatro inglés. Después de ser reformador social, moralista, pedagogo, agitador revolucionario, etc., también ha querido ser profeta. Quizá el ejemplo de su rival y amigo Wells, en sus novelas, no sea ajeno a esta inspiración de Shaw, escribiendo en su alegre vejez una obra biológico-dramática de enormes dimensiones para darnos su explicación del Universo y su intuición científica del porvenir. Así su *Vuelta a Matusalén* está repleto de enseñanzas personales. El preludio en el Paraíso, como la escena de Caín con sus ancianos padres, tiene reminiscencias wagnerianas de la tetralogía. Lo demás, es todo un resumen de los sistemas adaptados o

(Pasa a la página 362)

Peregrinaje a Medan

Para *Rep. Am.*

Otra vez Zola.—A comienzos del otoño, eclesiastés del tiempo, en que la tierra se despoja de su oropel vegetal y aparece con su dibujo real y escueto el mundo, los amigos internacionales de Zola han querido nuevamente tomar el camino de Medan y visitar la casa de estilo barroco, el jardín anciano, los objetos familiares, caros al Maestro. Entre los árboles—cuyas hojas intentan una conversión religiosa al polvo—, se han agrupado dos centenares de hombres, envueltos en una luz inocente de domingo. Ha caído un chaparrón matinal, y el buen olor de la tierra mojada es el saludo de Zola a sus numerosos huéspedes.

Otra vez, vuelve a conmover a las juventudes laicas y republicanas el pensamiento emancipador del Amigo de la Multitud, el novelador de las ciudades — Lourdes, Roma, París—, y el defensor exaltado de la tierra, los pobres y el trabajo. Se recuerda la labor misionera del Maestro, su madurez apostólica y su vida militante en la casita aquella de la rue de Bruxelles, donde acudían los jóvenes de su tiempo a recibir la lección germinal y las enseñanzas de la paz. Se le pinta atormentado por el deseo violento de la justicia, interviniendo fraternalmente en el gozo y la amargura de los hombres y asestando su dedo acusador contra los causantes del malestar del mundo. Se le ve parado en el terrón francés, extendiendo sus brazos hacia los Continentes más nuevos, en una actitud como de abrazar a la humanidad entera.

M. Takebayashi, escritor y filósofo japonés, trae el saludo del Asia abuela al padre de *Fecundidad*, y en ese saludo se siente como un afanar de pueblos y un rumor de arados y se adivina el mensaje de un grupo de humanidad que trabaja y sufre, atado a la gleba amarilla. La universalidad del Maestro ha congregado, bajo estos árboles sapientes del Paradou, hombres de diversas direcciones del espíritu y la geografía; pero nivelados por el común denominador del pensamiento social.

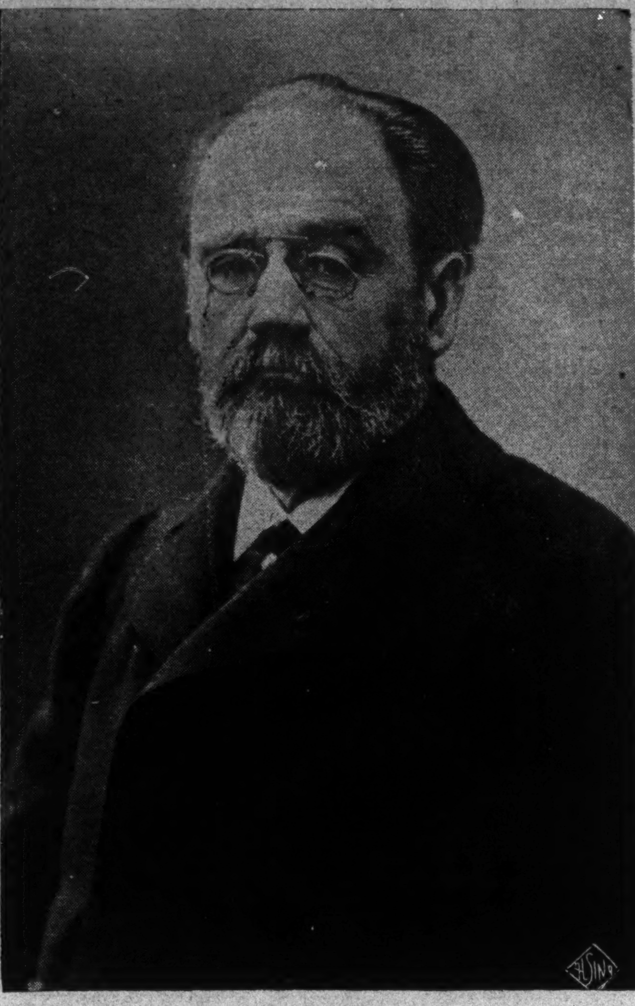
A la luz de un cielo de domingo donde se anuncia un temporal próximo, las izquierdas literarias han pronunciado su palabra de orden: «Con Zola o con nadie; la fraternidad o la muerte» (¹).

Transguerra y reacción. — Los pasados otoños, la memoria del Maestro ha logrado una adhesión más numerosa. Han venido de los cuatro vientos miles de peregrinos a conocer el sillón de cuero de Córdova donde trabajaba el autor de *Los Rougon Macquart.* Esta escasez de ahora es un reflejo de la reacción que se ha enseñoreado de la Francia de la transguerra. Los rumbos del pensamiento popular son hacia el arraigamiento, la superstición y el belicismo. No es posible amar a Zola cuando se tiene empleado el espíritu en el comercio y el corazón inundado de malquerencia al hombre extranjero.

Desde la Normandía hasta el mar latino, soplan aires de xenofobia. Francia pierde su carácter hospitalario. La extranjería no despierta sino el deseo de lucro. La desconfianza en los otros y la certidumbre de su propia superioridad han ganado a la postre el corazón francés que, antes de la aventura bélica de hace quince años, estaba abierto a los cuatro puntos del planeta.

El hombre permanece adherido al país como

(¹) Discurso de M. Emmanuel Berl.



Emilio Zola

el marisco: no le tienta el azar del navegante ni la empresa del colonizador. Conservar el palmo de tierra donde asienta sus pies y seguir el oficio de los padres, sin separarse una línea de lo que ellos hicieron y pensaron, es el objeto de su vida. Luego exprimirá el olivo o la vaca, el pequeño negocio o la industria lamentable y, hurtando el pan a sus hijos, llevará diariamente su alimento a la hucha. Se diría que la biblia de la Francia actual es *El Ahorro* de Samuel Smiles.

La sociedad retrocede con espanto ante la multiplicación de la especie, tal como la acostumbraba pintar Zola, entre aire sano y tierra del surco; mas eso no la impide hacer del amor una de las profesiones liberales. Naná, «la mosca de oro», renueva diariamente su liviana tarea en las mansiones de la alta burguesía y en las moradas de los pobres. Nutrida de la ciencia del buen vivir, ella encarna el espíritu de esta Edad económica y, sobre todo, de un pueblo donde la Iglesia y el museo se han convertndo en industrias lucrativas y que ha levantado la torre más alta del mundo: la Tour Citroën.

¿Pueden mirar de frente, los vencedores de la última guerra, la luz cruda de *La Debacle*? La obra total de Zola es un alegato contra la aventura bélica y una acusación, desde el otro lado del tiempo, del actual afán homicida, del adiestramiento en el arte de matar. La Francia de hoy hace centinela, envuelta en su capote sombrío, en la trinchera del Ruhr. Muy pocos son los corazones que laten por la fraternidad de los hombres y las industrias pacíficas.

La Tribuna.—Con su frente recortada en golfo y su barba larga como península de nieve, M. Ferdinand Herold es un superviviente de la vieja guardia literaria del siglo pasado. Conocedor de todos los itinerarios del espíritu, ha hallado sin dificultad la ruta de las generaciones más nuevas y se ha incorporado a su aventura intelectual. En otro tiempo, subió a la torre orgullosa del simbolismo; pero conservó siempre tendida una escala hacia la multitud, es decir no perdió su contacto con el mundo. Hizo frecuentes salidas, encendiendo su luz orientadora en las agitaciones políticas y sociales. Escribió su *Exilio de Harini* con evocaciones de la epopeya sânscrita; mas su corazón estaba ya perdido de amor por la muchedumbre y le fué forzoso regresar a ella.

Ahora está M. Ferdinand Herold, Presidente de la *Liga de los Derechos del Hombre,* parado en el jardín de Zola, evocando al Maestro, incansable combatiente por un mundo mejor, y rindiendo homenaje a Severine, cuya palabra fué luz de los humildes y refugio de los perseguidos por la justicia. Severine murió en los comienzos del año, y con su voz traspasada de caridad se apaga uno de los últimos ecos de Zola en nuestros días.

M. Herold dominó desde su juventud las lenguas antiguas, necesarias al comercio con los Clásicos; y es con palabra vecina de la forma perfecta que nos presenta a Zola dirigiendo la batalla por la libertad desde *La Tribuna* de Pelletan. Venturoso tiempo fué aquel en que los débiles hallaron defensor, las tierras cantor enamorado, los trabajadores, sencillo camarada, y sin igual intérprete los hombres sitibundos de justicia. «Emancipador y pacifista», Zola dirigió su sueño patriarcal hacia las colonias, donde no se escucharía sino el mandato de los surcos, donde crecería el árbol de la abundancia y donde la humanidad sería una sola familia.

En la luz inocente del domingo, se han vuelto a repetir las palabras del Maestro: «Si yo viera a mi hijo con un fusil entre las manos, le llevaría de la oreja a la escuela, diciéndole: Trabaja, pequeño miserable! A tu edad se aprende a vivir y no a matar!»

Temporal sobre el mundo.—Saludado por la primera metralla de la lluvia, M. Emmanuel Berl lee su condena del pensamiento burgués. Las aguas, atacando en escuadrones cerrados, limpian de manifestantes el jardín de Zola. Hácese menester subir al comedor del Maestro y refugiarse entre sus objetos queridos. Afuera, sacude su gran bandera el temporal como un trasunto del otro, del auténtico, que comienza ya a soplar en Occidente y que sigue amontonando nubes sobre el mundo.

«Muerte de Zola, muerte de Jaurés—dice Berl—; nuestras infancias y nuestras adolescencias están comprendidas entre estas dos masas de sombra. El uno en literatura, el otro en política, son los dos últimos representantes del pueblo.

»La novela ha cesado de cumplir una de sus tareas principales que es la de contener una especie de *diario de abordo de la sociedad.* Todos quieren escribir obras maestras y pintar el hombre eternal. Sólo que, casi siempre, no es precisamente una obra maestra aquello que nos da a leer el autor. Lo que se nos presenta es una humanidad de convención—libros procedentes de otros libros y no de la experiencia—o también una humanidad de excepción: el burgués convertido buscando sus itinerarios

de huída. De ahí esa desesperanza, ese deseo de evasión que constituyen generalmente el fondo del escritor moderno.

»Y, al rededor de nosotros, sentimos esta hambre del pueblo que nos interroga sin que podamos responderla, que nos aprieta sin que podamos satisfacerla, que reclama una justificación de su pena sin que podamos darla. Se diría que las usinas gigantes determinan una zona de silencio de la cual el obrero no puede ya nunca salir y donde el intelectual no puede jamás entrar... Si la organización económica y social del mundo moderno vuelve imposible el contacto del intelectual y del pueblo, es que esta organización ha cesado de ser tolerable y una revolución debe intervenir».

Meditación sobre Zola.—La entraña misma de la obra zolesca es el sentimiento de solidaridad con el mundo. El Maestro baja del mirador solitario del esteta a ponerse en contacto con la humanidad. Inaugura una especie de «literatura colectivista» en los tiempos más intransigentes del simbolismo. El simbolismo es la escuela individualista por excelencia; el naturalismo, por el contrario, está animado de un espíritu social. La discusión entre estas dos tendencias continúa aún en nuestros días interesando a todos los trabajadores del pensamiento.

Hasta ahora, la victoria ha sido del simbolismo, auspiciado por un «estado de cosas individualista». Con diversas etiquetas, el simbolismo no ha logrado penetrar en la corriente de la inquietud humana, desplazando a los intelectuales jóvenes hacia la derecha, parapetada anacrónicamente en su usada fórmula del «arte por el arte». El fantasismo, el cubismo literario, el dadaísmo, el superrealismo, se han alejado de la humanidad para ir en busca del Inconsciente. El unanimismo y el simultaneismo, en cambio, han introducido el sentimiento de la gravedad de la vida y han exaltado las masas, los grupos, las máquinas, los trabajos de los hombres, en una concepción cósmica de la existencia; mas su duración ha sido breve.

La admirable lección de Zola—lección de pasión y solidaridad—no puede ser comprendida por los actuales estetas y diletantes, enfermos de egocentrismo, los barresianos «cómplices de Judet y de Drument» y las vanguardias patrióticas de este costado de Europa. Sólo tres grandes escritores han recogido en Francia la herencia del Maestro: Romain Rolland, Henri Barbusse y Georges Duhamel.

Parejo con su sentimiento de solidaridad con el mundo, era en Zola su amor ilimitado por la justicia. En los días en que el ánimo nacional estaba exaltado por la fanfarria bélica y en que la opinión pública, los jueces y los intelectuales habían condenado a un hombre a morir en la Isla del Diablo, el Maestro tomó la defensa del desvalido, pidió la revisión de su causa y logró el despertar de los espíritus libres. Era el proceso Dreyfus que tanto apasionó al mundo y que descubrió la corrupción de la alta burocracia y del militarismo. Los partidos de la Monarquía y de la Iglesia, Alberto de Mun, los «boulangistas» —superficiales y ruidosos patrioteros— clamaron contra Zola, como lo habían hecho contra Dreyfus. El Maestro fué procesado por el Tribunal del Sena y condenado a un año de prisión por su libro *Yo Acuso*, que era un llamado a la conciencia libre del mundo. Muy pocos estuvieron al lado de Zola; mas, entre ellos: Clemenceau, Anatole France, Jaurés.

Zola es también un poeta de la multitud y de la tierra. Su obra es como un gran registro donde se mezclan las voces de las plantas, de los animales y de los hombres. Lienzos murales donde se representan las labores agrícolas, el gesto que multiplica la especie, las costumbres de los hogares pobres, los episodios humildes del trabajo, son las novelas zolescas. Literatura del pueblo, ella fué para el pueblo y para la eternidad.

La derecha simbolista reconoció también, aunque tarde, la obra del Maestro. Hace pocos meses, una editorial de París ha publicado la Colección de Cartas inéditas de Mallarmé a Zola, curioso epistolario en que el limpio esteta de *L' Azur* expresa su admiración deslumbrada al pintor de la industria naciente y de los abigarrados conjuntos humanos.

Hasta nos parece que, en momentos, la fuerza creadora mallarmeana trata de ejercitarse en la materia sencilla, amada por Zola. Hojeando las *Chansons Bas* de Stéfano Mallarmé, encontraremos un pequeño mundo, simple y humano, en un todo distinto de las habituales aristocracias del simbolismo: *El Vidriero, El Vendedor de Ajo y Cebollas, La Mujer del Obrero, El Voceador de Periódicos.*

Zola fué un exaltador de la naciente aventura industrial, a la que dió un sentido patético.

Puede decirse que en él se encuentra la semilla de la futura «literatura proletaria», cuyo advenimiento será seguro el día en que la clase trabajadora reciba la misma ración de cultura que las otras clases, mejor capacitadas económicamente.

En esta hora del mundo, en que hasta los más pequeños pueblos no disimulan su afán por convertirse en potencias militares y en que todos los partidos alimentan un sueño común de destrucción, la vasta obra zolesca es una invitación a la paz y a la fraternidad de los hombres.

Jorge Carrera Andrade

París, Octubre de 1929.

Bernard Shaw...

(*Viene de la página 360*).

ampliados por Shaw durante su larga y luchadora existencia. Shaw no cree en la inmortalidad del alma humana; cree, sin embargo, en la inmortalidad intelectual de Bernard Shaw y brinda consejos a los hombres para prolongar su vida terrenal.

Nada queda por decir de este fenómeno literario porque él mismo parece haber agotado el tema al pregonar sus propias cualidades y al contestar a sus muchos censores. Los críticos favorables le denominan «El Molière del siglo xx». Confieso que no veo la relación. Molière es un genial observador de los seres humanos y de las costumbres, ajeno a filosofías sistemáticas ni a idearios disolventes. Shaw no puede reírse sin un objeto definido y sin sacar de ello una consecuencia. Su risa cínica, irrespetuosa, recuerda más bien a la de Voltaire: el Voltaire de los cuentos tendenciosos y del diccionario. La misma situación intelectual de Shaw ¿no evoca hoy a la del anciano filósofo de Ferney, que después de haber vencido en su país rencores y prejuicios, disfrutaba de la admiración universal?

Los amigos de Shaw aseguran que es superior a su leyenda. Que el Shaw cínico en público es, en la intimidad, festivo, crudamente sincero, pero servicial, amable, y hasta tolerante con la opinión ajena. Es muy posible. Nada puede sorprendernos de este hombre desconcertante y paradójico. No olvidemos que Shaw es socialista, pero es también rico. Que Shaw abomina del matrimonio, como de una absurda tiranía legalizada, pero que él vive casado desde hace muchos años en perfecta armonía con su esposa. En realidad no sabemos de Shaw más que lo que él mismo ha querido decirnos. Es a un tiempo el más conocido de los escritores contemporáneos y el menos conocido de los individuos. Shaw vive en la penumbra y sólo sale a la luz pública cuando tiene algo que decir. Nunca va a sociedad, ni sigue la moda al día, ni frecuenta los círculos literarios que aborrece. Shaw es en todo un inadaptable al medio ambiente; un individualista aislado, consciente de su indiscutible influencia intelectual. Y sea cual sea el destino que le esté reservado a su teatro—cuyo error imperdonable es desdeñar el arte y la belleza en sí—la risa burlona y juvenil de Bernard Shaw resonará, al través del tiempo. Esta personalidad del superhombre Shaw, superior a sus mismas obras, ofrece, pues, garantías de inmortalizarse en el porvenir.

Alvaro Alcalá Galiano

Ocupación militar norteamericana en Haití

En una colección de artículos aparecidos en *The Nation* de Nueva York, durante el año de 1920, se dió a conocer, por vez primera ante el mundo civilizado, la aventura imperialista de los Estados Unidos en Haití. (El atropello había tenido lugar un lustro atrás.)

Las graves denuncias del órgano americano causaron sensación en los altos círculos políticos de Wáshington. Poco tiempo después, el informe que rindió el Mayor General Bernett, Comandante de la ***Marine Corps*** durante los cuatro primeros años de la ocupación militar, confirmó de manera absoluta los hechos apuntados en la citada Revista. Tanto la encuesta referida como el memorial del jefe yanqui, constituyen el mejor desmentís a las declaraciones de la Casa Blanca y de la gran prensa oficial.

Sin eufemismos y sin reticencias, el severo analista sajón, Mr. James Woldon Johnson, declara que para conocer las razones de la situación política actual en Haití, para comprender por qué los Estados Unidos desembarcaron y mantuvieron desde 1915 tropas de marinería en esa nación soberana; por qué tres mil nativos, hombres, mujeres y niños, fueron sacrificados (cazados diríamos nosotros) por los fusiles y ametralladoras del Norte, es necesario saber que el ***National City Bank of New York*** se halla vivamente interesado en los negocios de ese país; «que dicha institución dirije no solamente la ***Banque Nationale d'Haití*** sino que es la depositaria de todos los fondos que pertenecen al pueblo, los cuales son percibidos por funcionarios de Washington.»



Pan... pan... americanos!

(Caricatura tomada de *ABC*, Madrid, y a propósito de la ocupación militar yanqui en Nicaragua)

Nueva York 7.— La Panamerican *Airways ha enviado un telegrama al Presidente Hoover ofreciéndole todo el equipo disponible para el transporte de marinos a Haití. En Miami se encuentran veinte aviones de varios motores, cada uno de los cuales puede trasladar doce marinos, en un día, a Haití.*

(Del servicio cablegráfico del Diario de Costa Rica. *Diciembre 8.)*

Comentario: El que tenga oidos, que oiga; y el que tenga ojos, que vea.

Ah! y ríanse Uds. de la unión panamericana, de los embajadores de *buena voluntad* y de otras ficciones más de dudosa conciliación inter-americana astutamente concebidas en Washington, D. C.

Muchos norteamericanos profesan la opinión, que los Estados Unidos se vieron obligados a intervenir en la patria de Dessalines por motivos puramente de humanidad, a causa del trágico golpe de Estado que culminó con la muerte del Presidente de la República y la ejecución de los prisioneros políticos detenidos en la cárcel de Puerto Príncipe en los días 27 y 28 de julio de 1915. Estos ingenuos compatriotas de Lincoln estiman que el Gobierno de la Unión se encontró en la obligación de conservar una fuerza militar en Haití después de pacificar el territorio y mantener el orden.

¿Cuál es la causa de esta intromisión? El Licenciado Dantés Bellegarde, ex-Delegado de Haití a la Sociedad de las Naciones y Miembro de la Corte Permanente de Arbitraje de la Haya, nos responde: «Ninguno de los motivos que, en derecho internacional, justifican la intervención de un país en los asuntos interiores de otro, puede ser invocado en este caso. No existe un estado de guerra entre Haití y los Estados Unidos. No hay en nuestro país ciudadanos americanos perjudicados en sus personas o en sus bienes. Ninguna deuda antigua hacia los Estados Unidos ni nada que obligue al gobierno haitiano a rehusar el pago de un vencimiento. Si esto último hubiera acaecido, Washington no podría explicar satisfactoriamente la ocupación armada.» (Recuérdese que el Acuerdo de la Haya de 1907 fué inspirado en parte por los Estados Unidos.)

Un año antes que la intervención militar tuviera lugar (ya lo demostraremos en un artículo posterior), el Gobierno americano buscaba la manera de obligar a Haití a someterse a una suerte de protectorado.

Hagamos un poco de historia. El General haitiano Vilbrum Guillaume Sam entró en Puerto Príncipe el 27 de febrero de 1915. Conservó el título de Jefe del Poder Ejecutivo hasta el 4 de marzo del mismo año, fecha de su elección a la dignidad de primer magistrado de la Nación.

El régimen de opresión que inauguró el mismo día que prestó juramento, indignó a la opinión pública. Las cárceles estaban llenas de presos políticos y muchos ciudadanos, temerosos de ser perseguidos, se refugiaron en las legaciones extranjeras. Al mes siguiente un movimiento revolucionario estalló en Fort-Liberté bajo la dirección de los propios oficiales del Primer Mandatario. Esta rebelión se extendió rápidamente en todo el Norte del país hasta el Cabo Haitiano donde Rosalvó Nobo —antiguo Secretario de Estado del Presidente anterior Théodore— se hizo proclamar Jefe de la Nación.

En la noche del 26 al 27 de julio de 1915, después de una lucha de cuatro meses —y cuando el gobierno parecía triunfar— los asilados en las legaciones con la ayuda de algunas tropas atacaron el Palacio Nacional. Herido Vilbrum Guillaume, tuvo que refugiarse en la casa diplomática de Francia.

Al día siguiente se supo que, la víspera, durante el combate, la guarnición de la cárcel de Puerto Príncipe, dirigida por el General Carlos Oscar Etienne, Comandante del Distrito, había asesinado a todos los prisioneros políticos.

Una vez que las víctimas fueron enterradas por sus parientes y amigos, indignada la población de la Capital ante el horrible atentado cometido contra los indefensos recluidos, invadieron las legaciones Francesa y Dominicana donde se hallaban los Generales Etienne y Guillaume Sam. Sin piedad alguna, se les sacó violentamente de sus refugios respectivos y se les dió muerte en la vía pública, sin ningún trámite legal; y sus cadáveres aún calientes fueron arrastrados por las calles de un extremo a otro de la ciudad.

En la tarde del 28 de julio de 1915, los navíos de guerra de los Estados Unidos llegaron a la rada de Puerto Príncipe. Ante los ojos del Comité revolucionario impotente, las tropas desembarcaron.

Desde ese momento comenzó la ocupación militar del país y la toma de posesión de las aduanas y de todos los servicios públicos, departamentales y municipales. Los soldados del ejército nacional, se encontraban esparcidos, fueron desarmados así como los ciudadanos. Todos los instrumentos de guerra del Gobierno, rifles, municiones, etc., fueron confiscados; también se organizaron registros domiciliarios en las casas particulares. Estos hechos y otros, que requerirían muchas columnas para enumerarlos, se reprodujeron en todas las poblaciones de la República. El Almirante Caperton, señor de vidas y conciencias, decretó la ley marcial americana, e instituyó un tribunal prebostal en cada localidad.

Las fuerzas invasoras arribaron pues a la capital, al día siguiente de los dolorosos hechos ya mencionados. En cuanto cayó el gobierno de Vilbrum Guillaume Sam, quedó fundado en Puerto Príncipe un Comité de Salud Pública bajo la dirección de Carlos de Delva, quien obraba de acuerdo con el doctor y abogado Bobo, jefe de la revolución triunfante en el Norte. Es útil señalar, que ni un momento quedó la capital haitiana sin gobierno responsable, y cuando los intrusos ocuparon la ciudad, el dicho Comité había organizado ya los servicios de la Administración. No obstante el jefe de la

Escuadra se apodera del Fuerte Nacional, del Palacio de la Presidencia, de los cuarteles de Puerto Príncipe, de todas las Oficinas Públicas, y lanza un manifiesto al pueblo explicando su actitud.

Mientras tanto, el Cuerpo Legislativo se encontraba en una situación especialísima. Esta Cámara es la misma que asumiendo función de Asamblea Nacional, había nombrado sucesivamente, en un término de dos años, a tres mandatarios que surgieron como consecuencia de golpes de Estado: Oreste Zamor (febrero-octubre 1914); Davilmar Théodore (noviembre 1914-febrero 1915); y Vilbrun Guillaume Sam (marzo-27 julio 1915).

Los oficiales extranjeros se dieron cuenta, desde un principio, de la grave situación política, y siguiendo un propósito deliberado, indujeron a numerosos haitianos de gran cultura a presentarse como candidatos a la Presidencia. Nadie quiso entrar en componendas con el invasor. La primera oferta fué dirigida al Director del Comité de Salud Pública de Puerto Príncipe, Carlos de Delva, quien rehusó indignado la proposición aduciendo que sólo era un teniente del Doctor Bobo. Durante más de tres días, el enviado del Almirante Caperton luchó inútilmente por convencer, a su turno, al Doctor Bobo; éste, por toda contestación, embarcóse para el extranjero, prefiriendo desterrarse antes que aceptar para su país, la humillación del reinado de los Estados Unidos.

El tercer ciudadano que rechazó de plano la proposición, se llamaba Jacques Nicolás Leger, el cual alegó que era súbdito de Haití y no de Norte América.

Ante la enérgica y viril negativa de estos patriotas íntegros, los congresistas ofreceu oficiosamente la Magistratura suprema al señor Tertuliano Guilbaud. También se niega a asumir dicha responsabilidad. Entonces, los diputados y los senadores se dirigen al señor Solón Ménos, rechazando éste. igualmente, el solio presidencial. Por último, en una reunión de carácter oficioso, el Presidente del Senado, Sudre Dartiguenave, acepta la candidatura que se le brinda. La tarde mismo, los asambleístas se citan nuevamente para sancionar en forma definitiva, el futuro nombramiento del Jefe del Estado. A esta plática asistieron el capitán Beach, representante del Almirante Caperton, y Ministro Americano, Mr. Bailly Blanchard. Es interesante subrayar que las fuerzas invasoras acudieron ese día al local oficial con objeto de proteger a los congresistas.

El Jefe del Estado Mayor del señor Caperton, impuso como condición para aceptar a Dartiguenave, que el candidato estuviera de acuerdo en colaborar *incondicionalmente* con los americanos. Para dicho efecto el Ministro Blanchard leyó un proyecto de Convención que fué aceptado sin modificaciones por el interesado y por la mayoría de los asistentes. Una vez llenado este requisito, el Capitán Beach declaró que haría abrir las puertas del Cuerpo Legislativo (había sido clausurado *manu militari*) y que pondría en caso necesario (esto último despertó aplausos entre los oyentes), detrás de cada diputado y de cada senador, un soldado americano.

El 12 de agosto de 1915, Dartiguenave, —como estaba convenido— fué electo Presidente de Haití. En el recinto de la Asamblea Nacional se encontraba el Jefe del Estado Mayor de Caperton y los marinos extranjeros guardaban —con bayoneta calada— las avenidas del Palacio Legislativo. No es necesario agregar, que la elección, libre de toda influencia haitiana, había sido efectuada bajo la presión material y moral de las fuerzas de ocupación.

El 17 de agosto de 1915, es decir, cinco días después de consumados los hechos relatados, el Departamento de Estado ordenó a su Legación de Puerto Príncipe que sometiera en el acto al nuevo Presidente, un proyecto de tratado acerca del control aduanero y de las finanzas, así como sobre la intervención de los Estados Unidos en todos los asuntos de Haití. Se trataba, como es evidente, de legalizar y perpetuar el atropello. La dicha Convención fué firmada el 16 de setiembre de 1915, ratificada al día siguiente por Dartiguenave, y sansionada por el Senado de Haití el 11 de noviembre del mismo año. ¡Todo rápida, velozmente!...

Sería labor demasiado prolija y, sobre todo, que demandaría un espacio de que no disponemos, seguir la aventura de este mandatario sin mando. Digamos tan sólo que, durante su septenio, las Cámaras fueron disueltas para siempre y, en su lugar, se nombró (siempre bajo el dictado de los marinos yanquis) un Consejo de Estado que desempeña las funciones (hasta hoy) de Poder Legislativo. Naturalmente, el pueblo no participa, ni directa ni indirectamente, en la elección de estos seudo patricios, ni tiene potestad o derecho para elegir a ninguno de sus seudo-arcontes.

El 10 de abril de 1922 el Consejo de Estado «en función de Asamblea Nacional» *nombró* Presidente de la República, al señor José Luis Borno, Secretario de Relaciones Exteriores del gobierno de Dartiguenave. Así premiaba el Jefe de la Ocupación a quien, en virtud del caracter de su puesto ministerial, firmó los ignominiosos tratados y convenciones con Washington. Sin detenernos a comentar la arbitrariedad de este procedimiento electivo, digamos de paso, que el nuevo Presidente, de conformidad con la Carta Magna de 1918, hecha por él mismo con la colaboración americana, está incapacitado para ocupar la función de Jefe de Estado. En efecto, el artículo 73 de la referida Constitución, expresa que para ser «presidente es necesario haber nacido de padre haitiano«. Ahora bien, el Sr. Borno, según documentos oficiales existentes en Haití, en la Legación de Francia en Puerto Príncipe y en la isla de Guadalupe, y según su propia confesión, nació «de la liga legal de una haitiana con un extranjero». No discutimos la nacionalidad de Borno; es haitiano, pero se encuentra incapacitado para desempeñar el puesto que actualmente está a su cargo.

En abril de 1926, tuvo lugar en Haití la elección del sucesor de Borno. El Consejo de Estado (cuyos miembros habían sido nombrados previamente por el Sr. Borno), se advoca una vez más el poder de la Asamblea Nacional... y proclama Presidente de la República,... a Luis Borno! Su período terminará (y quizá recomenzará de nuevo por tercera, y después por cuarta vez, etc.) en 1930.

El senador americano King denunció ante el Senado de la Unión esta nueva ilegalidad en la memorable exposición del 12 de mayo 1926, es decir, al mes siguiente de la *reelección Borno*. Como intentamos hacer, únicamente, una exposición de hechos, invocamos de preferencia testimonios americanos. Sobre la *reelección Borno*, entresacamos los siguientes párrafos del discurso del honorable Mr. King: «El Consejo de Estado se reunió el 12 de abril 1926 con el propósito de elegir el nuevo mandatario, se componía de: 1) Un sobrino de la esposa de Borno; 2) Un sobrino de la primera esposa de Borno; 3) El Jefe del Estado Mayor de Borno; 4) El Sub-Jefe del Estado Mayor de Borno; 5) El Secretario de Borno; 6) El Subsecretario; 7) El Ministro del Interior de Borno; 8)

El Ministro de Agricultura; 9) El Ministro de Instrucción Pública; 10) Su socio en su bufete de abogado; 11) Su Ministro en Bruselas; 12) Su Ministro en Berlín; 13) El Comisario del Gobierno en San Marcos; 14) El Jefe del Gabinete en la Secretaría de Relaciones Exteriores; 15) El Jefe de División en la Secretaría del Interior; 16) Otro funcionario de la misma Secretaría de Estado; 17) El Inspector General de Instrucción Pública; 18) El Presidente de la Comisión Catastral; todos fueron escogidos entre sus parientes y su Estado Mayor oficial, y todos están sometidos a su voluntad». Remata su discurso Mr. King con ésta frase: «¡Qué solemne farsa fué aquella!»

Nosotros agregamos, que los miembros 19, 20 y 21 (el Consejo se compone de 21 individuos) fueron destituídos por haberse negado a última hora a sancionar la «solemne farsa» del amo. (No hemos copiado estos datos de ningún libelo escrito como desahogo contra el Sr. Borno o contra los americanos; repetimos: son párrafos textuales de una alocución pronunciada sin pasiones menores, en la Alta Cámara de los Estados Unidos).

¿Qué actitud asumió el ex-Presidente Coolidge ante esta «solemne farsa»? *Nosotros abandonamos el empleo de la fuerza en nuestras relaciones con los pequeños pueblos*, dijo el máximo ciudadano de la Unión. Ya Woodrow Wilson había sentenciado: «El derecho es más sagrado que la paz». También Warren G. Harding, en su discurso de Marion, se declaró enemigo de la intervención yanqui en Haití. Los tres, en coro angélico, condenaron la Ocupación Militar, y uno tras de otro, reclamaron «justicia y benevolencia para el pueblo haitiano». Y sin embargo... *Los hechos hablan más que las palabras...?* ¿Qué actitud asumirá ahora el flamante mandatario Hoover? ¿Permitirá que en 1930 el Consejo de *familia Borno* siga nombrando Jefes de Estado sin la intervención del pueblo embrutecido y agonioso?

Una vez instalado Borno en el sillón presidencial, púsose a llevar a cabo las promesas que había hecho al Representante del Imperialismo. Modificó un protocolo caduco e invocando la Convención de 1915, lo hizo sancionar indirectamente, y esto en contra de las reglas universalmente admitidas en el Derecho Internacional, las cuales fijan que, para que un instrumento diplomático tenga su pleno y completo efecto, es indispensable que reciba la sanción de los poderes legislativos de los países de las Altas Partes Contratantes. El protocolo del 30 Octubre 1919, invocado después para lanzar el empréstito de cuarenta millones, no fué otra cosa que un acto de odioso chantage, o sea, una pieza fabricada para engañar a la opinión extranjera, y dar la impresión a los demás países que este Empréstito es una consecuencia de la voluntad haitiana. hay que gritarlo claramente, y de una vez por todas: Se trata de una obra de piratería internacional.

***

Todas las conciencias honradas (y no honradas) de Haití saben que lo que se ha hecho en la patria de Petion —el amigo y protector de Bolívar.— desde 1915, ha sido un completo fracaso para la Ocupación Militar, una deshonra constante para el Gobierno de los Estados Unidos. Porque una deshonra fué: La Convención de 1915 impuesta brutalmente; el Protocolo, la Disolución de las Cámaras Legislativas; la Supresión de la Cámara de Cuentas; la elección de Dartiguenave; la elección y reelección de Borno; la Constitución de 1918 hecha por un Subsecretario de Estado yanqui; y lo que es más abominable, la aparente legalidad que desde 1915 se ha pretendido *imponer* de acuerdo y con la complicidad de un pequeño grupo de políticos profesionales haitianos. Haití continuará siendo víctima de las desenfrenadas ambiciones de Wall Street y de los sofismas absurdos de esta cínica minoría nacional, si los dirigentes de los Estados Unidos no recuerdan haber dicho un día al mundo civilizado: «Continuaremos observando los tratados en vigor, pero a su expiración no serán renovados». Y bien! Aun las tropas yanquis siguen en Haití y la Convención impuesta fué renovada... *El Sr. Hoover tiene la palabra!!*

Carlos Deambrosis Martins

París, 1929.

Poemas de Rafael Estrada

Motivos guanacastecos

Guacamayas

En él silencio,
las guacamayas!
Vuelan y gritan;
gritan: sí, cantan.

Vas por el llano,
por la montaña;
de pronto el aire
te grita: teáa, teáa...

Vuelves los ojos:
son guacamayas;
parecen flechas
ensangrentadas;

van a lo libre,
van a lo que aman;
y tú te quedas
con tu mirada.

En los sopores,
la caminata
se te hace dura;
mas, oye: teáa, teáa...

Hay una flecha
que es tu llamada;
el aire grita; oye:
teáa... teáa...

Los garzones

Dos caminos y un arbol;
en los desiertos, en los desiertos de estas pampas,
dos caminos, sí, que te hacen pensar!
El sol quema tus carnes
y tus ojos sólo ven
dos caminos que se abren.
Mas yo tenía entonces un árbol frente a mí.

Conocí los garzones: enormes garzas blancas
de largas patas negras
y un collar de lindo nácar
y un picote de alcatraces.

Parecían inmóviles,
gigantescas flores
de aquel árbol enorme.

Dí la señal de perdido
con tres disparos al aire
y los garzones quedaron
tan tranquilos como antes.

Hice otra vez tres disparos
con la señal de perdido,

y lo acataron entonces
disparos de los amigos...
Indolentes a todo esto
los garzones inmóviles
parecían ser blancas flores
de aquel árbol enorme...
Comimos a su vera,
charlamos en la pampa,
y cuando por la tarde
nos alejamos,
los garzones estaban
inmóviles, iguales,
como flores salvajes
de aquel árbol enorme...
Cuando en el horizonte
espoleamos a otro rumbo,
quise ver los garzones,
el árbol envuelto en luto...
Ya la noche abrazaba
las montañas lejanas;
los garzones seguían
como flores salvajes
de aquel árbol enorme,
inmóviles, iguales...
Eran flores gigantescas
en las pampas...
Se sumían en la noche
como las almas...
Poco después trotábamos
como fantasmas...

El capricho del poeta...

Quise ver ponerse el sol
en aquellas montañas
llenas de sol y sin amor!
Fue un pretexto cualquiera,
una ambición...
los ganaderos
respetan siempre al patrón!
Y ví meterse el sol en las colinas,
en la soledad de aquellas selvas vírgenes;
ví después
el claror en los salvajes perfiles de las crestas;
ví después
esa lumbre tan solemne de los astros en las selvas;
y después,
ví una sombra que avanzaba,
que avanzaba lentamente,
dulcemente, enormemente,
confundiendo en una sombra
las enormes extensiones de llanuras y montañas,
de torrentes y de charcos
y de lagos y potreros
y de garzas y lagartos
y de vacadas y tigres...
y después...
nada ví!
Y me quedé pensando envuelto entre las sombras
que todos somos así!
Y me quedé perdido entre las selvas
sólo por ver lo que ví!...

Selva

Para *Carlos Luis*, hermano lejano.

Hay rumores de cataratas invisibles
en los ramajes invisibles. La hojarasca
cruje bajo mi espalda: perdido en la selva,
rendido, con hambre, sin una esperanza...
¿Para qué nuestra voz cuando nadie nos oye?
¿De qué sirven los ojos cuando nada se ve?
Si disparo, es en vano: es más fuerte el ruído
de catarata que hacen los vientos al correr!
Tendido en la hojarasca fuí quedando dormido,
reflexionando que, perdido entre la selva,
yo era un huésped suyo, un huésped como tantos,
con los mismos derechos en la Naturaleza!

Al despertar, la aurora empezaba a colarse
por las ramas mecidas por el viento inclemente;
cantos de pájaros, silbidos... y al poco orientarme,
distinguí los ganados en las grandes pampas verdes.
Cuando llegué a la casa yo sentía en el pecho
latir con el mío propio el corazón de la selva,
y que, como al contacto de su seno fecundo,
el amor hacia ella me agitaba las venas.
Los muchachos tenían listos ya los caballos
y los grandes pícaros estaban convencidos
de que yo había dormido con cierta guapa moza.

Yo los dejé en la creencia de que así había sido.
Partimos, y a la tarde, sobre los montes lejanos,
ví mi selva-cobija dorarse a los celajes,
llena de misterio, de belleza y de encanto...

Vespertina

Sol sin sol sobre la tarde
de azul de las montañas.
Sol, cadáver
de sol, dijera, sobre la tarde clara.
¿Qué fenómeno, oh sol, habrá podido darte
esa cara tan pálida?
Opaco sol que caes,
¿es que te pruebas tu mortaja?
Este sol desteñido viene a darme
la sensación de una carátula
de reloj. ¡Cuántas edades,
reloj de sol, oh clepsidra lejana!
Vas cayendo, sol de jade,
sol de incienso, sol de nácar,
como si quisieras que el celaje
contribuyera a tu mortaja;
como si quisieras que el celaje
se formara también con nuestras almas!
Un pedazo de hielo al redondearse
por la virtud de unas manos muy pálidas,
eres, oh sol, sobre la tarde:
sol cadáver
sobre la tarde clara!
Pienso esto mientras los vientos invernales
azotan frívolos mi cara,
y en el tranquilo parque
dejo que vuele mi alma.
Mientras los niños juegan y dan vueltas
a la pila jovial de chorros de agua,
y el parque de colores se recrea
como si fuera una alma!
Mientras la música me arroba, mientras
palpitan de los árboles las ramas;
mientras todo es vida plena
en torno: mi alma vuela
hacia la región por donde avanzas,
sol de jade,
sol de nácar,
sol cadáver
de sol, dijera, sobre la tarde clara!

En la paz del jardín...

En la paz del jardín que dormita
yo he visto soñar a las rosas;
sueñan cosas maravillosas:
yo he vivido con ellas la belleza infinita!
Un vago claror de luna, un vago
columpiarse de colores imprecisos,
y una vaga leyenda en los macizos
como al sortilegio de un dios o de un mago.
Es tan hondo el silencio que ni el aire se siente.
El que se interna solo por un jardín dormido
siente lo que yo he sentido:
que algo sobrenatural impera en el ambiente.
Todos duermen acaso; en el desvelo
me he ido, tal vez, hacia el jardín;
jamás he regresado sin
una ansia más fuerte y un más hondo consuelo!
Oh la visión que se ve en los jardines dormidos!
Delirios en los éxtasis y siderales viajes!
En todos los rosales hay dioses escondidos
y están poblados de hadas todos los ramajes!

San José de Costa Rica.

Actualidad política venezolana

Otra farsa de Gómez

Los agentes en Caracas de la *Associated* y de la Prensa Unida, dóciles instrumentos de la dictadura, se apresuraron a trasmitir a todos los periódicos del continente la noticia de la libertad de los individuos encarcelados desde distintas fechas a causa de los «desórdenes» estudiantiles. Hoy—4 de diciembre—un nuevo cable, complementario del primero, nos ha traído la prensa. Anuncia al mundo que el señor Secretario de Instrucción de Venezuela, cumpliendo benévola y dispendiosa disposición de Gómez, ha ordenado a la Universidad Central la apertura de cursos especiales, para que ingresen a ellos los estudiantes recién libertados.

El cable del 24 de noviembre es evidentemente tendencioso. La forma en que está redactado, consecuente con el propósito de quienes son técnicos en el arte de mentir, es ambigua, elástica. Habla de «personas libertadas», sin concretar nombres ni cifras. Nosotros, que conocemos bastante las habilidades de quienes condimentan en Caracas los «pasteles» de la exportación, no nos dejamos sorprender por la noticia tan presurosamente trasmitida al mundo. Hoy, ya en posesión de datos precisos e incontrovertibles, estamos en condición de desmentir en forma categórica su alcance.

El número de excarcelados de La Rotunda y del Castillo Libertador ha sido de 75 individuos. En la actualidad penan delitos de dignidad y de hombría, en las ergástulas de la dictadura, más de 3,000 *reos* políticos. ¿Valía la pena molestar el cable y la atención de las gentes para trasmitir una noticia de tan flacos alcances? Estos 75 libertados son en su mayoría estudiantes, seleccionados del grupo de trescientos y tantos encarcelados entre los más jóvenes, entre los más resentidos por las hambres y por los trabajos de la cárcel, entre los que ya adquirieron los morbos endémicos en las celdas «rehabilitadoras». El cuadro de líderes de la cruzada, vanguardia de la juventud revolucionaria de Venezuela, permanece y permanecerá indefinidamente en las cárceles, soportando «grillos» y atropellos, hasta el momento en que la revolución cancele la mala época y abra paso a un ciclo mejor de vida nacional. Tan es cierto esto, que con la noticia de la excarcelación del grupo aludido nos llega otra, de fuente más honesta y autorizada que la de esos militantes del *truts* de la mentira: las barras de los «grillos» que soportan Andrés Eloy Blanco, Antonio Arraiz, Héctor Cuenca, Villalba Gutiérrez, Gabaldón Márquez, Arreaza Calatrava, etc., han sido cambiadas por otras de mayor peso.

Otra noticia, perfectamente lógica dentro de la hora venezolana, nos trasmiten compañeros de Caracas. Los estudiantes libertados, escasos en número, agotados por doce meses de hambres y de privaciones, han demostrado en todo momento que su libertad no es la fianza de una claudicación. Al descender de los botes en que se les condujo desde la isleta donde está construído el Castillo hasta Puerto Cabello, a lo largo de todo el trayecto de esta ciudad a Caracas, en las propias calles de Caracas, hicieron ostensibles manifestaciones de rebeldía, voceando mueras a Gómez y al régimen que éste encarna y personifica. Un fracaso más y un nuevo motivo de zozobra ha sido esta actitud valiente para los hombres de la dictadura. Dentro de su lógica simplista—lógica cavernaria del «cerrojo», de la «tranca», del «tortol»—no cabe concebir cómo puedan afrontarse todas esas pruebas y conservar alerta y combativo el espíritu revolucionario. Incapacitados para captar—por ignorancia la sargentonada, por encanallamiento intelectual los otros—la concurrencia de factores que no han precipitado la disolución de la dictadura, se aferran a sistemas de represión que tuvieron su oportunidad, mas, que de nada les sirven hoy. Mientras la protesta nacional estuvo paralizada en élites batalladoras, escasas numéricamente y sin respaldo de masas, pudo resultar eficaz el encarcelamiento, el asesinato, el destierro de los que no se avenían con el orden de cosas imperantes. Ahora, cuando la protesta es popular, cuando enfila en un frente único de lucha todas las reservas combativas de la república, la cárcel y el arsénico no producen sino resultados negativos. No logran con ello Gómez y sus incondicionales sino intensificar en las masas el espíritu de lucha y afirmar en su conciencia el deber de responder decididamente a los gestos y a los sacrificios de sus mejores hombres, de su vanguardia luchadora.

El cable del 4 de diciembre, relativo a la apertura de cursos universitarios especiales para los recién libertados, es perfectamente ilógico, por lo que diremos de seguidas. El grupo de muchachos excarcelados está integrado no por universitarios, sino por escolares de 13, de 14 y de 15 años, cursantes de estudios primarios y de segunda enseñanza. Sin conciencia revolucionaria definida, reaccionando apenas instintivamente con el temperamento caldeado y romántico de la hora, estos chicos abandonaron sus bancos escolares para hacer causa común con nuestras luchas. Muchos se fugaron de los internados para concurrir a las manifestaciones estudiantiles-populares de febrero, abril y octubre del 28; hubo algunos que precipitadamente cambiaron por pantalones de sus hermanos mayores sus calzones para reclamar ser admitidos en la cárcel. Con un mismo patrón de barbarie fueron medidos. Durante muchos meses, bajo el exasperante sol de los llanos, expuestos a todos los miasmas malsanos de esa región—la más insalubre de la república—trabajaron como forzados, trajeados a rayas, y, como los penados de delito común, con un grillete al tobillo. Trasladados luego a la cárcel, compartieron con sus compañeros mayores las mismas hambres, los mismos «grillos», las mismas lozas permeadas de humedad de calabozos medioevales. Si acaso unos pocos se libraron de la tortura de los «grillos». Cuando fueron forjados, por el catolicismo inquisitorial, no se previó la posibilidad de que niños los soportaran; por eso, inútilmente buscaron los sicarios de Gómez, en los copiosos arcenales de la penitenciaría, los que pudieran adaptarse a tobillos infantiles... Los niños se hicieron hombres. En el sacrificio se encontraron a sí mismos, violentando el ambiente viril donde vivieron su evolución normal. Y estos hombres de 15 años, con sus resueltas actitudes, son para nosotros fianza de realización de los postulados por los cuales combatimos. No importa caer en la hora de afrontar el trance decisivo. Pisándonos los talones, impacientes de acción propia, vienen nuestros hermanos menores disciplinados y aptos para librar las batallas decisivas.

Rómulo Betancourt

San José, Costa Rica.
Diciembre, 1929.

Revisando papeles viejos, nos hallamos con estos renglones escritos en otra hora, e inéditos. Nunca es tarde cuando se trata de hacer justicia; por ello, se publican.

Una pensión para la viuda de don Francisco Montero Barrantes

Sentimos la necesidad de escribir estos cuatro renglones:

Del Congreso de la República ha salido la solicitud de una pensión para la viuda e hijos del extinto Profesor y Licenciado en Leyes, don Francisco Montero Barrantes. Mucho nos placería si fuera bien acogida tal solicitud y con ello, la Patria compensara los desvelos de uno de sus hijos serviciales.

De las manos del profesor caen las semillas que han de germinar y desarrollarse. La imagen es vieja, pero su exactitud se comprueba y renueva a todas horas. El profesor se va, pero algo de lo que sembró en horas de entusiasmo queda y perdura en el corazón de sus alumnos inteligentes, sensibles al contacto del tiempo pasado y capaces de analizar los factores que han contribuido a su formación espiritual.

Recordando a don Francisco y sus lecciones de Historia en el Liceo de Costa Rica de hace unos treinta años, voy a decir algo. Hablo por mí, es claro, pero es posible que otros que con él se aleccionaron en las horas moceriles, digan también lo mismo.

A los entusiasmos del profesor cuya partida me duele, debo los míos por la historia de Roma. La majestad del pueblo romano y de lo que construyó para la eternidad, la oratoria de don Francisco los hizo patentes en mi alma. Los párrafos del historiador Drioux que alguna vez, en examen público, postergado para la noche, y en presencia de vecinos interesados en los estudios de los muchachos, me tocó recitar, todavía me mueven, y suscitan en mí cierto sentido estético de la historia que me hace bien. *La Italia avanza como una bota sobre el Mediterráneo*... En estas palabras ardía entonces el entusiasmo de la juventud por los grandes pueblos y los grandes hombres. Para siempre la historia me apasionó, la de todos los pueblos y tiempos. Por ello, me place seguir paso a paso, vigilante, el curso de los acontecimientos histó-

Tablero

= 1929 =

ricos interesantísimos que venimos presenciando, con perspectivas que a ratos me causan zozobra, pero a la vez me proporcionan el hondo gusto de ser en ellos espectador y actor. Era don Francisco un fogoso admirador de la historia de Roma y de la Revolución Francesa. A propósito de Roma, complacíase en traducir y comentar a su modo, la memorable sentencia de Terencio Afri: *Homo sum: humani, nihil a me alienum puto.*

Con don Francisco aprendimos algunos a estimar la palabra bella. Él hablaba bien y le placía que le dijéramos bien las cosas. Por eso pedía que memorizáramos trozos de historiadores elocuentes (Castelar, por ejp.) Recomiendo el método; suscita entusiasmos y crea espíritu, que es lo esencial y perdurable. Esto no dará sentido económico de la historia (que no desdeño, es claro) pero sí lo dará emocional. Lo demás, aprender por aprender nombres y fechas, tiene importancia escasa. Eso no construye.

También nos interesó en el estudio de la vida política de la nación. Conservaba en la cátedra independencia de criterio y valor para juzgar a los gobernantes, a los vivos y a los muertos. Y lo hacía bien, ciertamente; con elocuencia y severidad si era del caso: copioso y cálido en el elogio, si era de justicia. Algo que le agradezco: me infundió repulsión invencible a las tiranías.

Me ha quedado la impresión (no frecuenté su trato) de que en los últimos lustros su carácter se agriaba un poco a ratos y creo que ello en parte se debió al espectáculo lamentable que ofrecen los aspirantes a las posiciones políticas en este país. Don Francisco fué uno esos intelectuales costarricenses (podrían citarse otros) que quería figurar en la vida pública. A lo que tienen derecho, ¿y porqué no? Pero su juicio independiente, su rectitud de carácter—que honradez se llama—el relieve propio que les da la cultura con desvelos adquirida, no se avienen con este lío de minúsculas intrigas en que viven aquí los politiqueros de oficio, dedicados a jugar a las elecciones; a eso se reduce la democracia en los pueblos irresponsables. Lo que me alarma, porque de pronto van a dar al traste con las instituciones sin prestigio a cuya sombra transcurre su habitual y ostentosa ceguera, la de los politiqueros, negados, por no decir hostiles, a la comprensión y al estímulo de los méritos ajenos, si sus poseedores tratan de salirles al paso. Don Francisco, antes que transitar por el camino angosto de la componenda política, prefirió situarse a distancia, un tanto huraño y disgustado. Porque amaba a su Patria.

Pero veo que yo también ya estoy escribiendo con cierto mal humor, y no quiero eso, no. Lo que anhelo es que los depositarios del poder se interesen porque la memoria de don Francisco, desde ultratumba, para sus hijos se convierta en consuelo de orfandades.—*g.m.*

P. D.—Entendemos que de la pensión disfruta a estas horas, la viuda de don Chico, como se le decía en el trato amigable.

El caso de Cuba

Del último número de *1929*, excelente mensuario de ideas e ideales, revista vigilante de la Habana, digna fundación espiritual de la Cuba de Martí, copiamos lo siguiente:

Lo que contiene de trágico **La Gaceta.**

Decreto: «Autorizando a la Compañía Azucarera Atlantic Frutera y Azucarera de Cuba, para introducir en el país por el puerto de Sagún de Tánamo *tres mil braceros antillanos* para efectuar trabajos agrícolas. (*Diario de la Marina*, Oct. 25 de 1929.)

Una actitud ejemplar

Ahora un encargo. Me escribe Vincenzi—y yo le contesto hoy—sobre un homenaje que me haría un grupo de jóvenes de allí, tomándome como representante de la mujer de América. Ay mi amigo, líbreme Ud. de esas cosas! En la América se vive tributando homenajes y no se trabaja; haciendo discursos vehementes que avergüenzan a los festejados por su exceso, gastando la palabra en vanidades que a nada conducen. Yo no me siento símbolo de cosa alguna. Soy una individualista feroz y me molesta cualquier intento de honra colectiva. Reconozco la buena fe de estas cosas; agradezco bien lealmente el cariño de mis amigos, pero lo mejor que ellos pueden hacer por mí es no dedicarme fiestas que me exceden y me confunden. Evíteme Ud. la que allí proyectan. Los vivos no servimos para símbolos. Que recuerden a Delmira, que fué tan grande; a Juana Borrero, a Sor Juana. Ellas sí son ya carne de símbolo.

Gabriela Mistral

(Fragmento de carta al editor del *Rep. Am.*, que no tenía noticia de este homenaje.)

Bases para un Comité de Acción Cívica Nacional

Los suscritos ciudadanos hemos aceptado el reunirnos en junta para el estudio meramente patriótico del actual desorden de la situación economica, y al comenzar este trabajo exponemos los principios que guían nuestra intención.

Afirmamos nuestra convicción en la capacidad del pueblo colombiano para gobernarse libre y eficazmente, y consideramos como perturbación momentánea de sus conductores el actual desorden de la situación económico-política de que adolece.

Conceptuamos inextricablemente enlazados y superiores a toda denominación partidaria—postulado genérico de la democracia colombiana—la cultura moral, la instrucción ideológica, la civilización industrial, la salud de la raza y el bienestar armónico de todas las clases sociales;

El gobierno como un servicio nacional que se informa en una entidad institucional superior a la conveniencia de los partidos políticos;

Los partidos políticos como organización de tendencias ideológicas para alcanzar el bienestar y progreso de la república.

Estos postulados los subordinamos al concepto de democracia, entendida como solidaridad, armonía y equidad; de manera que haya solidaridad en todos para resolver los problemas vitales de la nación, armonía en el ejercicio de los derechos individuales familiares, gremiales y políticos, equidad en la distribución de los deberes indispensables para vivir en sociedad culta.

Dentro de este estado de conciencia, opinamos que hay lugar a varias rectificaciones políticas en el actual momento de la vida colombiana;

La elección de un designado que garantice con sus ideas y sus precedentes la pureza del sufragio en las próximas elecciones y nos libre del doble juego tradicional de sanas declaraciones públicas y proditorias indicaciones privadas;

La postulación para presidente de la república en el próximo período de un administrador sensato, que entienda de la gerencia de los caudales públicos y sea expresión de la buena conciencia ciudadana;

La reorganización del poder electoral sobre la base de una selección personal más pura;

La obligación de los directorios de partido de vigilar y sancionar la conducta ético-política de sus copartidarios en el buen desempeño de las funciones públicas que les estén encomendadas, sobre todo en las corporaciones legislativas;

El veto a todo regionalismo que afecte la armonía económica de la nación;

La formación de un presupuesto racional de rentas conforme a nuestra capacidad económica, y de gastos conforme a nuestras rentas efectivas, con heroica franqueza.

Rechazamos la práctica, últimamente establecida, de que la adhesión a una buena doctrina absuelve de una mala conducta.

Dr. López de Mesa

(*El Tiempo*. Bogotá).

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José.